

FUNDACIÓN 1 DE MAYO

Cuadernos

38 · SEPTIEMBRE 2014



150 ANIVERSARIO
DE LA ASOCIACIÓN
INTERNACIONAL DE
LOS TRABAJADORES (AIT)
ANÁLISIS HISTÓRICOS Y DOCUMENTOS

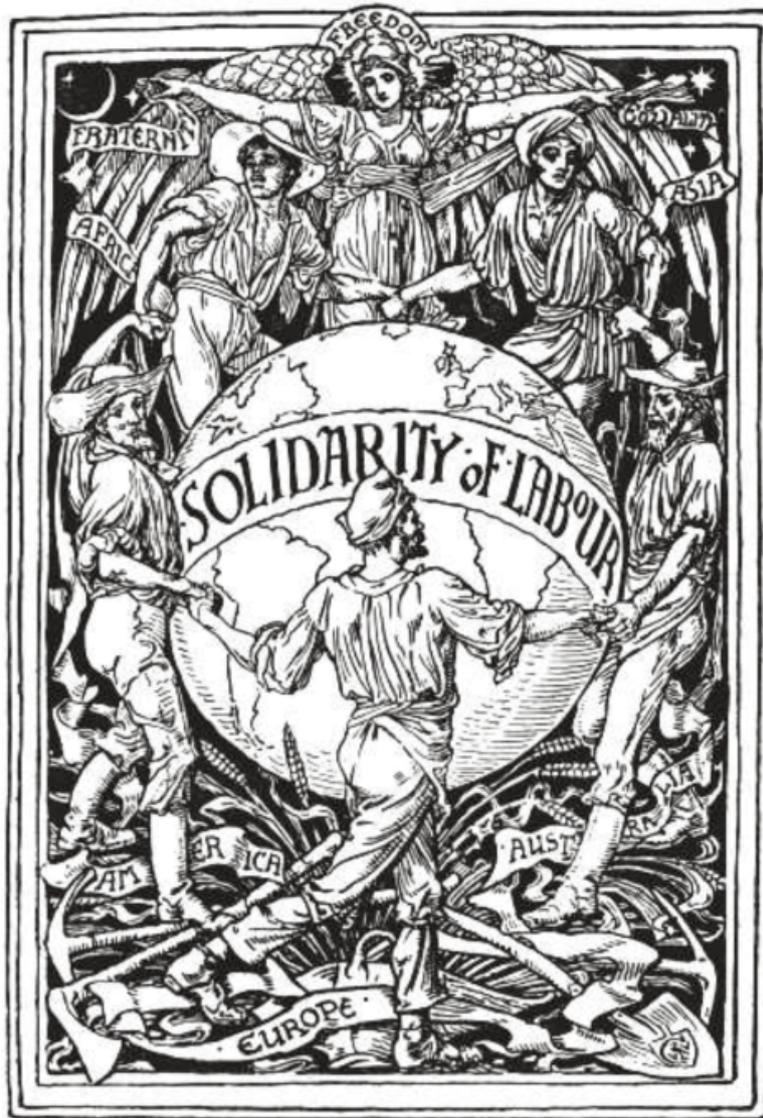
WWW.1MAYO.CCOO.ES

**150 ANIVERSARIO DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL
DE LOS TRABAJADORES (AIT)
ANÁLISIS HISTÓRICOS Y DOCUMENTOS**

FUNDACIÓN 1º DE MAYO
C/ Longares, 6. 28022 Madrid
Tel.: 91 364 06 01
1mayo@1mayo.ccoo.es
www.1mayo.ccoo.es

COLECCIÓN CUADERNOS, NÚM: 38
ISSN: 1989-5372

© Madrid, Septiembre 2014



LABOUR'S MAY DAY
DEDICATED TO THE WORKERS OF THE WORLD

150 ANIVERSARIO DE LA ASOCIACIÓN
INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES (AIT)

ANÁLISIS HISTÓRICOS Y DOCUMENTOS

INDICE

PRESENTACIÓN

ESTUDIOS

La Primera Internacional: Introducción

Lucía Rivas Lara

La Primera Internacional y su lugar en la evolución
del movimiento obrero

Ernest Mandel

La Primera Internacional (1864-76)

George Novack

CRONOLOGÍA DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

DOCUMENTOS

Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Primer manifiesto del Consejo General de la AIT sobre la
guerra franco-prusiana.

Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional
de los Trabajadores sobre la Guerra civil en Francia en 1871.

Manifiesto del Consejo Federal de la Federación Regional Española
de la Primera Internacional

PRESENTACIÓN

El 28 de septiembre se cumplen 150 años de la reunión inaugural, en Saint Martin's Hall, Londres, de la Primera Internacional. Este aniversario ha pasado completamente desapercibido en los medios y en las ediciones historiográficas, en fuerte contraste con el centenario de la Gran Guerra. Lo cierto es que ambos acontecimientos históricos tuvieron un significado muy distinto. Mientras que el conflicto bélico fue una catástrofe para Europa, la puesta en marcha de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) representó una nueva esperanza para los trabajadores europeos, después de las derrotas del ciclo revolucionario de 1848. Siendo una entidad genuinamente europea, la AIT respondía a una exigencia de coordinación de las organizaciones y las luchas obreras a nivel internacional.

A diferencia de las siguientes internacionales obreras, constituidas por partidos políticos nacionales, la AIT tuvo una composición híbrida. Entre sus organizaciones federadas solo hubo un partido político, el partido socialista alemán de Lasalle. El resto eran sindicatos y sociedades obreras de distinto tipo, algunas de ellas de carácter local. La AIT impulsó las luchas en diferentes países por la reducción de la jornada laboral –en esos años de 12 a 16 horas diarias- por el aumento de los salarios y, en general, por la mejora de la condición obrera. Igualmente impulsó la organización de sindicatos. A pesar de sus luchas intestinas, la AIT representó un aliento emancipatorio.

En la Fundación 1º de Mayo no hemos querido que el 150 aniversario de la creación de la AIT pase desapercibido. Tal es el sentido de esta publicación, que reúne los ensayos históricos de Lucía Rivas, profesora de la UNED, así como de Ernest Mandel y George Novack, dos clásicos estudiosos del movimiento obrero, ya desaparecidos. Una cronología y una breve selección de documentos de la AIT, incluido el *Manifiesto del Consejo Federal de la Federación Regional Española*, completan el volumen.

Cuestiones como la acción transnacional del movimiento obrero, las luchas por la mejora de la condición de los trabajadores y las trabajadoras, la exigencia de respeto y el final de los privilegios, o formas de acción política y social participativas, aparecen a lo largo de estas páginas que abordan un fenómeno de hace siglo y medio, pero que cobra plena actualidad en una Europa asolada por las políticas de austeridad impuestas por la UE y la Troika.

Rodolfo Benito
Presidente Fundación 1º de Mayo

LA PRIMERA INTERNACIONAL: INTRODUCCIÓN

LUCÍA RIVAS LARA

UNED

Carlos Marx concibió la historia como la lucha de dos clases sociales antagónicas, la explotadora dueña de los medios de producción y la explotada, que solo tiene para vender su fuerza de trabajo. El trabajo genera una plusvalía que no revierte en el salario del trabajador, sino que se la apropia el empresario aumentando sus ganancias. Con el desarrollo capitalista que trajo la Revolución industrial la relación empresario-burgués / trabajador-proletario es una relación de explotación que solo terminará cuando se socialice la propiedad de los medios de producción, originando la sociedad supranacional sin clases. Para llegar a esa meta es preciso que la clase obrera mundial adquiera conciencia de su situación y se organice. La culminación de la primera etapa de organización se produjo con el nacimiento de la Primera Internacional, también llamada Asociación Internacional del Trabajo (AIT).

Orígenes y primeros años del movimiento obrero europeo

La Revolución Industrial que comenzó a mediados del siglo XVIII en Inglaterra y más tarde en el continente transformó el trabajo, las mentalidades y la sociedad. Con ella se pasó del mundo rural al urbano, del taller a la fábrica, de la producción manual, artesanal, a otra mecanizada e industrial masiva que permitió el tránsito de una economía estática a otra de crecimiento. Las máquinas sustituyeron al hombre, provocando grandes cambios en el proceso productivo y en los grupos sociales. En el proceso la máquina –punto de partida y centro de la revolución que estaba invadiendo todos los campos- sustituyó al operario que utilizaba una sola herramienta, por un mecanismo que usaba varias a la vez. De ese modo competía como instrumento laboral con los trabajadores, suplantándolos y creando en cada rama industrial un ejército de reserva. Eso a veces provocó reacciones violentas de los obreros contra las máquinas hasta que, como dice Marx, empezaron “a distinguir entre la maquinaria y su empleo capitalista y a retirar sus ataques a los medios materiales y concentrarlos en la forma de explotación social”.

Además la máquina impuso al obrero un trabajo mecánico, rutinario, anulando con la planificación de la producción toda creatividad humana, ya que la división del trabajo hizo que se tratara al individuo como a un elemento aislado, sin una visión global del proceso y sometido a la rigidez de las instrucciones. De modo que el obrero se sintió alienado, ajeno al trabajo que realizaba, como una pieza más de la cadena productiva. Para muchos trabajos ya no hacían falta ni una fuerza corporal especial ni habilidades adquiridas o aprendizaje. Así se podía prolongar la jornada y la intensidad del trabajo, y utilizar en él a mujeres y niños, con las dramáticas consecuencias que ello acarreó para la salud mental y corporal de la población obrera. Los cambios en los modos de producción dieron al capital un total protagonismo, enriqueciendo a los empresarios y empobreciendo a los trabajadores.

Numerosos campesinos sin trabajo acudían a la demanda de mano de obra de las fábricas, próximas a las ciudades, originando un modelo urbano que rompió sus vínculos con el campo y creció en función de las necesidades de la industria. Las nuevas ciudades acogieron un nuevo y duro modo de vida que mostraba los elementos negativos del capitalismo. Las condiciones laborales que soportaban los trabajadores –jornadas largas y extenuantes, salarios míseros, pésima higiene, falta de protección frente a los riesgos laborales, trabajo y explotación de mujeres y niños–, junto a su deterioro familiar y doméstico –hacinados en viviendas pequeñas e insalubres, sin higiene y mala alimentación que les convertían en víctimas de enfermedades y lacras degradantes–, y todo ante la pasividad de los gobiernos burgueses incapaces de remediarlo, empezaron a provocar su rechazo.

Sin embargo, para que ese rechazo generase una respuesta práctica y eficaz, era preciso que adquiriesen conciencia solidaria de que sus problemas eran los mismos en todo el mundo, y la evidencia de que una acción efectiva debe organizarse a nivel internacional: **conciencia de clase y asociación**. El impulsor de ambos elementos fue el proletariado industrial, aunque quienes idearon las respuestas teóricas fueron pensadores no proletarios, conscientes de la necesidad de crear un orden social más justo: primero los socialistas utópicos daban soluciones idealistas; después los radicales las reclamaron políticas, y finalmente los sindicalistas empezaron organizándose en sindicatos de oficio para después hacerlo en una gran central única.

Representantes de la naciente clase obrera también lucharon por los derechos del hombre, por la democracia política y la solidaridad internacional. Los trabajadores más conscientes comprendieron que solo conseguirían sus derechos cuando todos los ciudadanos puedan participar del poder político, para que no se abuse del Estado en interés de unos pocos. En su primera fase el movimiento obrero surgió en Inglaterra, seguido por Francia y Alemania, para superar el pésimo nivel de vida que la industrialización impuso a los trabajadores, aplicando el pensamiento democrático burgués a los problemas económicos de la sociedad.

Por su parte la burguesía industrial del continente impulsó, tras el triunfo de la Restauración, una oposición liberal que necesitaba a los obreros, cada vez más concienciados. Mientras la inglesa, más fuerte y activa, aumentó su competencia con los conservadores exigiendo participación política. Pronto inició la lucha por la reforma electoral, no tardando en convertirse en la clase dirigente gracias a las revoluciones liberales y a la clase obrera, que comenzó a exigir mejoras político-sociales. En 1824 se legalizó el derecho de asociación, reiniciándose las discusiones sobre el derecho electoral democrático.

El movimiento obrero inglés contaba con la Gran Unión Consolidada de los Oficios, que reclamaba mejoras generales y defendía la huelga general, y los cartistas, obreros demócratas más radicales, que reivindicaban el sufragio universal con la educación y la propaganda aunque a finales de los años treinta también aceptaban la huelga. En 1830 surgió la *Trade Union* (uniones de un solo oficio) y poco después las *Trade Unions* (uniones de varios oficios que querían ser el enlace de todos los trabajadores). La crisis comercial y el paro masivo de 1839 a 1843 dieron un gran impulso al movimiento cartista.

En cuanto a la resistencia obrera francesa nació en los años treinta, cuando Luis Felipe de Orleans apoyó a la burguesía y los obreros vieron que solo conseguirían las reformas y mejoras deseadas con su propia lucha. El descontento general provocado por la corrupción política se tradujo en grandes manifestaciones en París que obligaron al rey a abdicar. Tras la República de Luis Napoleón Bonaparte este se proclamó rey en 1851, implantando el Segundo Imperio.

Hasta que nació la AIT, diversos grupos internacionalistas de minorías revolucionarias, poco representativos y solidarios planteaban preocupaciones de tipo universal. Eran pequeños grupos de obreros, guiados por intelectuales críticos que actuaban políticamente, en el ámbito sindical o coo-

perativo. Se reclutaban entre obreros cualificados, que por su mayor salario se podían instruir mejor. Mientras la masa obrera, mucho más depauperada, solo mostró decisión y actividad en tiempos de crisis y en circunstancias puntuales, con acciones espontáneas como el asalto a las máquinas. Poco a poco estos pequeños grupos se fortalecieron, influyendo en la masa con sus tesis políticas y sociales. Son ejemplos los Fraternal Democrats de Londres, la Jeune Europe de Mazzini, la Association Democratique de Bruselas -en la que ya estaba Marx- y la Liga de los Justos (1836), de la que en 1840 surgió la Asociación Alemana de Cultura Comunista Obrera -siete años después era Federación Comunista- de la que derivaría la Asociación Comunista de Cultura Obrera, que combinó las experiencias galas de conjura política revolucionaria con las de la lucha de clases inglesas.

En un congreso celebrado en vísperas de la revolución de 1848 se encargó a Marx y Engels la redacción del *Manifiesto Comunista*. Con un lenguaje claro, la obra desarrolla la teoría del materialismo histórico, de la lucha de clases a nivel mundial que dará fin al sistema capitalista burgués y acabará cuando los trabajadores conquisten el poder político; ellos se encargarán de impulsar la revolución para conseguir la sociedad supranacional sin clases en el marco de los Estados nacionales, con los bienes de producción socializados. El *Manifiesto* termina con la fórmula que desde 1848 se repite en todos los programas del movimiento obrero europeo: “Proletarios de todos los países, uníos”. Aunque entonces tuvo escasa difusión y ninguna influencia en los acontecimientos, años después se convirtió en el lema de los grupos de resistencia de todo el mundo.

Ciertamente el movimiento obrero europeo mostró toda su fuerza en la revolución de 1848, que se extendió por el continente iniciando una nueva etapa de organización, en la que el movimiento internacionalista aunó a los numerosos grupos existentes. Pero la revolución fracasó, y su fracaso dejó agotada a la resistencia obrera. Así, la Federación de los Comunistas alemanes luchó junto a los más radicales demócratas burgueses, siendo aniquilada por la policía prusiana; sus miembros más importantes emigraron y la mayoría de su Comité Central, reconstituido en Londres, rechazó -con Marx y Engels- toda política ilusionista y acabó desapareciendo. Finalmente la prohibición de asociaciones por parte del Parlamento alemán cerró la primera etapa de lucha obrera en el país. También el movimiento cartista decayó, y durante muchos años los trabajadores ingleses carecieron de un órgano político independiente, aunque pervivió en las uniones.

Así las cosas, era fundamental lograr la solidaridad internacional de los demócratas revolucionarios y de la clase obrera, que esperaba renaciera tras la nueva industrialización que se inició en 1850. Pero el auge industrial capitalista y la prosperidad económica destruyeron toda esperanza. En esa década se rompió la unidad proletaria, ya que sus dirigentes estaban muertos, presos o emigrados, y solo en Inglaterra se mantuvo -con uniones sindicales-, algo de continuidad en la organización; además mejoró la situación material de una gran parte de los obreros industriales y se estabilizó el poder político en Europa, ya que la burguesía, satisfecha con la situación creada, abandonó sus propios objetivos y se alió con la reacción. Sin embargo la tranquilidad social y política de esos años era ficticia, pues aunque las contradicciones del sistema se disimularon mientras hubo bonanza económica, cualquier perturbación reactivaría el movimiento.

Esta se dio con la nueva crisis económica de 1857. La huelga de la construcción en Londres (1859) consiguió el derecho de asociación, y las campañas de solidaridad con los huelguistas lograron fusiones de los sindicatos de obreros cualificados, dando de nuevo órganos eficientes al movimiento obrero inglés. Sobre esta base se reinició la lucha por el derecho de voto, que se alcanzó para la mayoría de los obreros urbanos y rurales. También el movimiento obrero francés se reavivó con la crisis, y pese a la prohibición de asociación hubo una ola de huelgas por los salarios.

A principios de los años sesenta aumentaron los contactos entre los trabajadores británicos y franceses, los primeros fuertemente articulados en las *Trade Unions*, con bases de obreros cualifica-

dos, aspiraciones principalmente sindicales y escaso contenido político; y los segundos -menos vigorosos por la represión política de los años cincuenta- con nueva capacidad de acción gracias a la tímida apertura del Segundo Imperio, ideología proudhoniana y estrategias orientadas al cooperativismo y las mutualidades de crédito. Esos años las *Trade Unions*, presionadas por los patronos con obreros traídos del continente –rompehuelgas- que utilizaban para bajar los salarios, respondieron a esas tácticas intentando unir a los obreros de todos los países en un movimiento internacional solidario. Comenzaba la internacionalización del movimiento obrero, del que Marx y Engels fueron adalides al escribir el *Manifiesto Comunista*. Cuando en agosto de 1862 las *Trade Unions* dieron un banquete a la delegación de obreros parisinos enviada por el gobierno francés a la Exposición Universal de Londres, en el Comunicado que se leyó incluía una llamada a la unión obrera frente a los patronos.

La Primera Internacional (A.I.T.)

En ese marco, el 28 de septiembre de 1864 se celebró en St. Martin,s Hall de Londres una reunión convocada por los sindicatos londinenses, interesados en mantener conversaciones con los obreros franceses. Allí quedó constituida la Primera Internacional. Por tanto nació a iniciativa de las dos clases obreras más importantes y avanzadas de Europa, con la participación de emigrados polacos, italianos mazzinianos, franceses y alemanes miembros de la Asociación Comunista de Cultura Obrera (entre ellos Marx). Nació por el fracaso de la revolución de 1848, por la necesidad de coordinar a los obreros a nivel internacional para acabar con la situación económica y social creada por el capitalismo, y para mejorar las condiciones de vida del proletariado.

La AIT tendría una estructura federal. La federación estaba constituida por secciones o federaciones nacionales, y estas por entidades locales. Se nombró un Comité provisional, que con Marx redactó los estatutos. Estos especificaban que se crearía un Consejo General –de carácter supremo, ejecutivo, residente en Londres y renovado en cada congreso anual, para coordinar las relaciones entre las diferentes asociaciones obreras de cada país entre congresos- y un Consejo Central.

Marx fue su principal teórico y dirigente, miembro destacado del Consejo General y redactor del *Manifiesto* y los estatutos. En el *Memorial a la Clase Obrera*, manifiesto inaugural, dejaba claramente formulada la necesidad de unidad de acción proletaria al fijar la actuación de la Internacional: acción política para alcanzar el poder, reconociendo la importancia del movimiento sindical; lucha por la emancipación económica; abolición de la sociedad de clases y solidaridad internacional obrera por encima de intereses nacionales. El texto fue aprobado por unanimidad como estatuto y memorial de la AIT y ratificado en 1866.

La AIT tendría un doble objetivo en la evolución del movimiento obrero internacional: agrupar a todas las organizaciones obreras del mundo, e infundirlas una clara conciencia comunista sobre sus metas y los medios de acción a emplear para alcanzarlas. Pronto se desmarcaron de ese programa las organizaciones inglesas, que se orientaron definitivamente hacia la lucha sindical, sin apenas presencia del socialismo como referente político.

A ese doble objetivo correspondieron dos etapas de desarrollo. Durante la primera –la de organización, en la que obtuvo sus mayores éxitos- fue prioritaria la acción dirigida al exterior respecto a la actividad interna de diferenciación ideológica. La Comuna de París inauguró la segunda etapa –de lucha ideológica- que pronto se convirtió en la de su decadencia. Lo más positivo de la acción ideológica de Marx y sus amigos fue unificar a nivel internacional las concepciones políticas y doctrinales de la vanguardia obrera; de modo que, si bien cuando se fundó la AIT solo existía un partido obrero, el lassalleano en Alemania, en 1872 había núcleos marxistas organizados en casi todos los países de Europa.

Los inicios de la Internacional fueron difíciles, por su debilidad numérica e inmadurez ideológica. Marx tenía una gran confianza en el rápido desarrollo de la conciencia de clase del proletariado. Sin embargo, hasta 1867 se apoyó en una gran parte de los sindicatos ingleses, aunque a raíz de la grave crisis económica de ese año, un poderoso movimiento de huelgas y movilizaciones se extendió por el continente. Aquí se implantó lentamente, con importantes secciones en Francia, débiles en Bélgica y Suiza, muy escasas en Alemania y ninguna en España o Italia. Pero 1868-70 fueron los años de mayor impulso, con un crecimiento sin precedentes en Bélgica y Francia –en esta junto al radicalismo revolucionario, dejando atrás la hegemonía proudhoniana y aceptando la necesidad de actuar políticamente-, y numerosas nuevas secciones, muy dinámicas y vinculadas a las ideas marxistas, en países como Alemania, España, Italia, Austria, Holanda, Dinamarca o USA. Incluso las *Trade-Unions* aconsejaban el ingreso en ella. A partir de entonces la autoridad y el prestigio de la AIT crecieron sin cesar en Europa, hasta la derrota de la Comuna de París. Su llamada a la solidaridad desarrolló la conciencia política y social de sus representados, convirtiéndose en la portavoz de casi todas las organizaciones independientes de resistencia europeas, a las que animaba a colaborar y discutir sus objetivos y estrategias. La AIT dio a los obreros y a los países que en 1864 carecían de organizaciones obreras independientes, el impulso que les permitió separarse del liberalismo burgués.

Junto al lento crecimiento se dio una costosa maduración ideológica, que consistió sobre todo en el paso del dominio de las propuestas proudhonianas al creciente protagonismo y poder interno de las tesis de Marx, facilitado en parte por las derrotas y fracasos de las organizaciones francesas, cuyos ensayos mutualistas y cooperativistas fallaron y cuyo rechazo a la lucha política no evitó la represión del gobierno a finales de los años sesenta.

La AIT llevó a cabo sus principales actividades en Congresos anuales, cuyas resoluciones reflejaban la evolución de su pensamiento y marcaron su desarrollo. En ellos se trataban temas fundamentales, como el fortalecimiento sindical, la lucha política de los trabajadores y el internacionalismo marcado por la solidaridad entre los obreros del mundo; importancia de la huelga como instrumento de lucha; socialización de los medios de producción; la jornada laboral; trabajo infantil y femenino o antimilitarismo; y se discutían asuntos de interés obrero. También se adoptaban acuerdos decisivos para impulsar las movilizaciones obreras. Realizó siete Congresos y dos Conferencias.

En la Conferencia preliminar de Londres se abordó el papel de los sindicatos, siendo evidente la disparidad de pareceres entre Marx y los proudhonianos de la delegación francesa. En el primer Congreso (Ginebra) la disparidad se vio claramente. Pese a que querían encontrar puntos comunes entre las diferentes corrientes ideológicas, el Congreso apoyó las propuestas de Marx de exigir al Estado medidas político-sociales en favor de las mujeres y los niños y limitar la jornada laboral, mientras los proudhonianos rechazaban la acción del Estado en las relaciones laborales, por miedo a estabilizarlo y poner en peligro la libertad social. Marx respondió que las medidas protectoras de los obreros solo podrán imponerse por la vía política, que no refuerza el poder dominante sino que lo transforma en instrumento propio, fortalecido. Desde entonces los planteamientos de Marx, defendidos por la mayoría del Consejo General y por los sindicatos ingleses, dominaron en las delegaciones de países con más desarrollo industrial, en tanto que los proudhonianos –y después los bakuninistas, hasta la Comuna de París- lo hicieron en las delegaciones de países de predominio agrario –Italia, España y aún Francia- o con pequeñas empresas artesanas –entonces la Suiza francesa-. Se reconoció el movimiento sindical y su arma más importante, la huelga.

En el segundo Congreso (Lausana) se repitieron entre la mayoría del Consejo General, influido por Marx, y los proudhonianos franceses los choques que años después acabarían con la separación y el fin de la AIT. Se discutió el papel de la lucha política obrera que rechazaban los proudhonianos, cuyo triunfo fue aparente, ya que las cooperativas que se llamaban obreras habían fracasado. Si en

1866 tenían un respaldo masivo, los años siguientes lo fueron perdiendo, por la bonanza económica y por disensiones ideológicas internas. Para entonces los trabajadores habían perdido combatividad y la misma AIT se alejaba de la realidad proletaria.

El tercer Congreso (Bruselas) abordó temas como la propiedad, las huelgas o la guerra. Aprobó el colectivismo industrial –entendido como propiedad ejercida por las cooperativas de producción y no como propiedad estatal- y el agrario –la tierra será propiedad de las comunidades locales y cultivada por los trabajadores afiliados en cooperativas agrícolas-. Marcó la aceptación definitiva de la socialización por parte de la AIT, al aprobar que los medios de producción pasasen a manos de los obreros. Y esperaba poder evitar el agravamiento del conflicto entre Francia y Alemania, que no pudo ser.

El cuarto Congreso (Basilea) concluyó los debates sobre la doctrina de Proudhon con el apoyo a la propiedad común del suelo. Pero ya se intuían las discusiones que acabarían con la Primera Internacional, ya que asistió Miguel Bakunin, cuya doctrina respondía a la situación de los obreros en los países menos industrializados. El primer choque se produjo por el derecho a la herencia, que el ruso quería eliminar. En este congreso se inició una nueva fase del movimiento obrero europeo, al aparecer partidos obreros nacionales. El Congreso terminó aprobando la celebración del siguiente en París, lo que fue imposible porque ese año estalló la guerra franco-prusiana, que provocó la insurrección de la Comuna de París.

En efecto, en ese momento de su evolución la AIT hubo de afrontar tres problemas: el enfrentamiento personal e ideológico Marx-Bakunin (Proudhon hasta 1869), la guerra franco-prusiana y la Comuna de París. Respecto al primero, ambos teóricos coincidían en la necesidad de la resistencia sindical y de la colectivización, pero disentían en los medios a emplear y los objetivos a alcanzar. Mientras el primero defendía la participación política para abolir el sistema burgués, el segundo apoyaba la insurrección general y espontánea de las masas y acusaba al Consejo General de autoritario. A partir de 1869 el bakuninismo avanzó rápidamente, sobre todo en Italia, España, Suiza y Rusia, países con débil desarrollo industrial y amplia base campesina y artesanal. Pero su enfrentamiento teórico careció de importancia hasta 1871.

En cuanto a la guerra franco-prusiana, la AIT se oponía a ella y su primer fracaso fue no imponer su criterio a las delegaciones de Francia y Alemania, que finalmente se enfrentaron en 1870. Los gobiernos de ambos bandos convencieron a sus pueblos de que era una guerra defensiva y los seguidores de la AIT se quedaron solos. El Consejo General analizó la situación con un pensamiento democrático-revolucionario, pero no pacifista. Opinaba que los obreros franceses debían derrocar a Napoleón III, y que después los alemanes exigieran el fin la guerra, que ya no se haría para defender a Alemania sino para aumentar el poder de Prusia. Pero algunos diputados socialdemócratas del parlamento alemán votaron a favor de los créditos de guerra. La guerra interrumpió los Congresos y en consecuencia el proceso de unificación del movimiento obrero.

Finalmente Francia fue derrotada. Su gobierno abandonó París, mientras estallaba la insurrección popular. El pueblo se enfrentó al recién creado gobierno republicano y eligió su propia representación municipal, la Comuna, que entre marzo y mayo emprendió un amplio programa de reformas sociales de ideología anarquista. Quiso destruir la máquina estatal y sustituirla por un Estado obrero, sin ejércitos permanentes, sin policía ni burocracia, haciendo electos a todos los funcionarios, sustituyendo el gobierno centralizado por la libre federación de todas las comunas del país y liberando a los trabajadores con la organización cooperativa de la producción. Reunía el poder legislativo y el ejecutivo, y los representantes del pueblo podían ser revocados en cualquier momento por sus electores. También realizó algunas reformas democráticas y sociales pero ninguna realmente socialista. Fue la primera revolución proletaria –que Marx rechazaba por prematura- que temporalmente acabó con

el dominio burgués. El 21 de mayo los ejércitos de Napoleón III se lanzaron sobre París, reconquistando la ciudad en una semana. La Comuna quedó aislada del resto de Francia y fue derrotada, sufriendo una dura represión, detenciones y ejecuciones masivas que acabaron con los miembros más activos del movimiento obrero francés. Además el gobierno, temeroso de otra revolución obrera, prohibió todas las asociaciones y consideró terrorista a la AIT, que había jugado un papel importante, aunque sus seguidores solo representaron una pequeña minoría. Finalmente decretó una ley de excepción contra ella, e intentó que otros Estados extraditaran o persiguieran a los *communards* que se habían dispersado por Europa.

En efecto, con la derrota de la Comuna las secciones francesas se dispersaron y la represión de la AIT se extendió a otros países. Pero no desapareció por eso. Su final se estaba gestando en su interior por las disputas de los *communards* entre sí y con el Consejo General, sobre todo entre marxistas “autoritarios” y bakuninistas “antiautoritarios” en dos puntos: a) acerca de la disciplina interna de la AIT (los bakuninistas exigían autonomía completa para las secciones o federaciones nacionales y el fin de la “dictadura” del Consejo General); y b) sobre la actitud del movimiento obrero en política (los anarquistas defendían la abolición revolucionaria del Estado opresor y, mientras tanto, la abstención total en materia política).

Ante la imposibilidad de celebrar un congreso en 1871 por la guerra y la Comuna, el Consejo General convocó una Conferencia Internacional en Londres, que desde el punto de vista político fue una de las reuniones más importantes. En ella Marx sacó adelante –pese al rechazo anarquista– sus tesis sobre la necesaria acción política de la clase obrera y sobre la urgencia de organizarla en sindicatos y partidos políticos, como condición previa para una revolución socialista. El enfrentamiento bakuninistas/marxistas iba en aumento. Pero en la Conferencia quedó clara la postura política de la AIT y se plantearon problemas nuevos de gran importancia para el futuro, como la organización de la mujer y los campesinos. También se exigió al Consejo General asumiera con firmeza su papel centralizador y como representante de la unidad de la Internacional entre congresos en el terreno organizativo.

El quinto Congreso (La Haya) estuvo dirigido por Marx y Engels. El tema central fue la defensa de los Estatutos de la AIT contra Bakunin y sus aliados. El Congreso afirmó la autoridad del Consejo General y su traslado a Nueva York, y aprobó la expulsión de Bakunin. Por tanto la facción marxista volvió a salir reforzada frente a la bakuninista, por lo que aprobó por resolución formar partidos políticos obreros junto a los sindicatos. Así se inició el proceso de disolución de la AIT, que dejó de ser operativa aunque controlada por los marxistas hasta su disolución. Por tanto con el Congreso de La Haya, último importante de la Internacional, culminó la primera etapa del movimiento obrero, dejando en el aire dos proyectos de acción: el socialista y el anarquista.

Al año siguiente se celebró el sexto Congreso en Ginebra, convocado desde Nueva York. En él las secciones fieles al Consejo General ratificaron las resoluciones de los anteriores. Fue un fracaso organizativo, tras el cual la actividad del Consejo General se fue extinguiendo. Finalmente se celebró otro en Filadelfia, con muy escasa asistencia por el elevado coste y dificultades políticas. Ante tal situación, el Congreso aprobó por unanimidad la disolución del Consejo General de la AIT.

Pese al fracaso final, la AIT consiguió grandes logros, como iniciar las movilizaciones obreras de masas bajo la bandera del internacionalismo, extender el movimiento sindical y ser capaz de vincular la lucha sindical con la lucha política. A través de sus Congresos dio coherencia y homogeneidad al pensamiento teórico, cuyas resoluciones sobre los sindicatos y los partidos políticos obreros fueron absolutamente decisivas para encauzar los caminos de la acción. Pese al fracaso de la primera experiencia obrera internacional, el sentimiento colectivo se mantuvo vivo entre los trabajadores. ♦

LA PRIMERA INTERNACIONAL Y SU LUGAR EN LA EVOLUCIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO*

ERNEST MANDEL

*No ha sido la Internacional la que ha empujado a los obreros a la huelga;
son las huelgas las que empujan a los obreros a la Internacional.*

K. Marx

El nacionalismo de la burguesía...

La nación es creación de la burguesía. El mercado nacional es el marco necesario para el despliegue productivo del capital. Ciertamente que el modo de producción capitalista crea, al mismo tiempo que las naciones modernas, el mercado mundial que arrebató a las naciones toda posibilidad de desarrollo independiente. Pero el antagonismo entre la base de partida nacional del capitalismo y su tendencia inexorable a desbordar los límites de la nación en su expansión económica sigue siendo un antagonismo insoluble en el marco del sistema capitalista. El modo de apropiación privada de la plusvalía convierte a la competencia en motor del sistema, y todas las tentativas de *organización* capitalista se limitan a reprimir esta competencia en un plano determinado para hacerla renacer con mayor agudeza en otro plano. Incluso en la época en que su superioridad económica es aplastante, la burguesía americana sigue defendiendo su producción relojera por medio de tarifas aduaneras que la protegen contra la competencia suiza. Las burguesías francesa y alemana, aun en la época de la amenaza mortal común que pesa sobre ellas debido al fortalecimiento de las potencias anticapitalistas, siguen disputándose encarnizadamente las minas y altos hornos del Sarre.

... y el internacionalismo del proletariado

El proletario moderno, producto del capital, nace, como éste, bajo el signo de la competencia. Pero así como la competencia tiene sus raíces en la naturaleza íntima de la burguesía, el proletariado, en

* El texto original, en francés, es de 1954. La edición en español apareció en E. MANDEL: *Sobre la historia del movimiento obrero*. Barcelona, Fontamara, 1978. Se han suprimido algunos fragmentos que hacían referencia al contexto político en el que Mandel escribió el texto, en la medida en que no aclaran aspectos del tema tratado y en aras de una mayor brevedad. Ernest Mandel (Fráncfurt, 5 de abril de 1923 – Bruselas, 20 de julio de 1995) fue uno de los economistas marxistas más importantes de la segunda mitad del siglo XX y dirigente trotskista.

cambio, pronto se da cuenta de que resulta vital para él eliminar esta competencia en su propio seno. Ante el poder concentrado del capital, encarnado, a ojos del obrero, por cada capitalista individual, los trabajadores no pueden defenderse más que coligándose entre ellos, organizándose, oponiendo su solidaridad colectiva al dinero de la burguesía. Las coaliciones obreras y su forma permanente, los sindicatos, son productos espontáneos, automáticos, de la lucha de clases entre capitalistas y proletarios.

Para que una huelga tenga oportunidad de triunfar, los obreros en lucha deben unir a la mayoría de sus compañeros de trabajo. Para romper esta huelga, el capital acude a las *reservas de mano de obra* que, debido a la miseria y a la falta de experiencia, no han podido todavía superar la competencia elemental entre trabajadores en busca de trabajo. Pero estas reservas disminuyen, al menos en lo que se refiere a los obreros cualificados, gracias a que la experiencia de la lucha de clases tiende aceleradamente a establecer entre ellos, en todos los países, un nivel medio de conciencia. Las reservas de mano de obra que el capital moviliza, en estas condiciones, son reservas extranjeras. La réplica a estos intentos patronales la constituye la tentativa de englobar a los obreros de todos los países en un solo movimiento de solidaridad. Este es el origen del internacionalismo proletario en cuanto producto espontáneo, automático, de la lucha de la clases, al mismo título que las cajas de resistencia o los sindicatos obreros.

Internacionalismo práctico...

La organización sindical de la clase obrera conoció su primer auge serio en el país que fue también el primero en conocer el auge de la gran industria moderna: Gran Bretaña. Las *trade-unions* británicas, que se desarrollaron rápidamente en Gran Bretaña a comienzos de los años sesenta del siglo XIX, padecieron especialmente la acción de los rompehuelgas importados del otro lado del canal de la Mancha por los patronos. Soportaron igualmente un continuo esfuerzo de la patronal por presionar a la baja sobre los salarios apoyándose en la mano de obra extranjera. Así, cuando el 5 de agosto de 1862 los representantes de las *trade-unions* dieron un banquete en honor de la delegación de obreros parisinos enviada por iniciativa del gobierno de Napoleón III a la exposición universal de Londres, incluyeron en el comunicado que se leyó en aquella ocasión los pasajes siguientes:

Mientras haya patronos y obreros, mientras haya competencia entre patronos y conflictos salariales, la unión mutua de los trabajadores será para éstos su único medio de salvación... Esperemos que ahora, tras habernos estrechado la mano, y viendo que como hombres, como ciudadanos y como obreros tenemos las mismas aspiraciones y los mismos intereses, no permitiremos que nuestra alianza fraterna sea rota por aquellos que podrían estar interesados en vernos desunidos; esperemos que podamos encontrar algún medio internacional de comunicación, y que cada día se forme un nuevo eslabón de la cadena de amor que unirá a los trabajadores de todos los países.

Los dirigentes de las *trade-unions* de Londres, al redactar este comunicado, reanudaron una vieja tradición de solidaridad plebeya anglofrancesa cuyo origen, en el curso de la revolución francesa, fue Riazanov el primero en descubrir ("La clase obrera inglesa y la guerra contra los jacobinos", *Neue Zeit*, número del 1 de enero de 1915). Un zapatero escocés, Thomas Hardy, había fundado, en 1792, la *London Corresponding Society*, que, oponiéndose a la guerra contrarrevolucionaria emprendida por Pitt contra la revolución francesa, envió un mensaje a la Convención Nacional, y organizó en toda Gran Bretaña la propaganda de solidaridad con la revolución francesa hasta que la represión se abatió sobre ella a finales de 1793 y comienzos de 1794. *La London Corresponding So-*

ciety estaba casi exclusivamente compuesta por obreros; con pocas excepciones, casi todos los dirigentes obreros de los años 1820-1830 habían sido miembros de esta organización. Hardy fue considerado, hasta la década de 1840, como un precursor del movimiento obrero británico. Y la casualidad quiso que el comunicado a los obreros franceses de 1862 pueda atribuirse también a un zapatero, Odger, que desempeñará un papel eminente en la Asociación Internacional de Trabajadores.

... e internacionalismo teórico

Pero el comunicado a los obreros franceses de 1862 se encadenaba, sin duda inadvertidamente, también con otra tradición. En sus palabras finales, (...) *que unirá a los trabajadores de todos los países*, encontramos el eco del inmortal llamamiento que dos jóvenes alemanes habían lanzado al mundo quince años antes, en 1847: *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

Y es que el internacionalismo proletario no sólo representa una necesidad de la lucha de la clase trabajadora *comprendida empíricamente* a través de las luchas reales desarrolladas por las organizaciones sindicales. El internacionalismo proletario representa también el elemento básico de la conciencia de la clase obrera (...).

Cuando Marx y Engels escribieron el *Manifiesto Comunista*, se habían convertido en internacionalistas en la acción gracias a su pertenencia a la Liga de los Comunistas, que Engels calificó, a justo título, de *primera organización obrera internacional*, y que existió de 1836 a 1852. En su origen, era un pequeño grupo de obreros alemanes, sobre todo sastres, que se desplazaban regularmente por toda Europa occidental y que habían estado vinculados con la Asociación de las Estaciones, de Blanqui, antes de caer bajo la influencia del comunismo utópico del obrero Weitling, y, luego, bajo la de Marx y Engels. Fue para ese grupo, que, por lo demás, tuvo también a Londres por sede central, que Marx y Engels redactaron el *Manifiesto comunista*.

Pero antes incluso de su entrada en contacto con una organización obrera internacional, Marx y Engels habían llegado, en el plano de la teoría, a la conclusión inexorable, inscrita desde 1845 en *La ideología alemana*, de que, por su misma naturaleza, la sociedad comunista no puede ser más que una sociedad mundial, por tener por punto de partida el desarrollo de las fuerzas productivas realizado por el capitalismo en el mercado mundial. Ya en 1846, Marx había organizado un comité de correspondencia y dirigido cartas a los principales socialistas de la época para que *el movimiento social saliera de los límites de la nacionalidad*, tal como escribe en su carta a Proudhon del 5 de mayo de 1846.

Fue de la fusión entre estas dos corrientes internacionalistas, la corriente empírica, encarnada por las *trade-unions* británicas, y la corriente consciente, encarnada por Marx y su pequeña cohorte de amigos, de donde nació la Primera Internacional.

La doble función de la Primera Internacional

Desde la misma reunión del 28 de septiembre de 1864 en que se creó formalmente la Asociación Internacional de Trabajadores, y que había sido convocada como resultado de los repetidos esfuerzos de los sindicatos londinenses por mantener contactos con los obreros parisinos, Marx reconoció la doble función que la Primera Internacional iba a tener, efectivamente, en la evolución del movimiento obrero internacional: por un lado, *agrupar a todas las organizaciones obreras reales* existentes en el mundo; por otro, *infundirles una más clara conciencia comunista* en cuanto a sus objetivos y en cuanto a los medios de acción que debían emplearse para alcanzar dichos objetivos.

El hecho de que la AIT no fuera fundada por un puñado de sectas, sino que representara el movimiento real de los trabajadores, tal como existía en aquel momento, tenía, para Marx, una importancia capital. Él mismo dice, en una carta a Engels del 4 de noviembre de 1864, que ésta fue la condición para su participación en la reunión del 28 de septiembre de 1864 y su integración en el Consejo General elegido en esa reunión. El 23 de noviembre de 1871, escribe a Boite: *La internacional fue fundada para reemplazar las sectas socialistas o semisocialistas por la organización real de la clase obrera para la lucha. Los estatutos originales y el comunicado inaugural así lo revelan a la primera ojeada.*

Para realizar esta tarea, Marx se impuso una severa autodisciplina. Se esforzó conscientemente por formular las ideas comunistas de tal forma que resultaran *aceptables desde el punto de vista actual del movimiento obrero* (carta a Engels ya citada). Basta con comparar la audacia del pensamiento y del lenguaje del *Manifiesto comunista* con la demostración paciente y aparentemente moderada del *Comunicado inaugural*, que fue aceptado unánimemente por todas las corrientes del movimiento obrero de la época, para darse cuenta del tiento con que Marx llevó a cabo esta delicada tarea.

Sin embargo, aun velando cuidadosamente por la forma del lenguaje para no tener conflictos, sobre todo, con los dirigentes trade-unionistas comprometidos en una campaña política al lado de liberales librecambistas tipo Cobden y Bright, no por ello dejó Marx de ser extremadamente riguroso con el contenido, negándose a admitir ideas confusas, pequeñoburguesas o, sencillamente, sentimentales, insignificantes, en los documentos de la AIT. Para que el agrupamiento de las tendencias ideológicamente diversas en una sola organización obrera internacional no terminara como una experiencia negativa, había que educar, pacientemente, desde luego, pero educar al fin y al cabo, a los mejores elementos de todas estas tendencias en el espíritu de la conciencia de clase llevada a su más alta expresión, es decir, en el espíritu del marxismo. En este sentido, el comportamiento de Marx en el consejo general de la AIT se inspiró en el lema en latín que cita en su carta-informe de la fundación de la Internacional que dirigió a Engels el 4 de noviembre de 1864: *suaviter in modo, fortiter in re*: (suave en cuanto a forma, pero valiente, fuerte, en cuanto a fondo).

Dos etapas

A estas dos funciones objetivas de la Primera Internacional en la evolución del movimiento obrero internacional, a este doble objetivo que en su seno perseguía la vanguardia marxista, correspondieron dos etapas de desarrollo de la misma Internacional, en las que adquirieron una importancia preponderante, alternativamente, uno u otro aspecto de su actividad.

Durante la primera fase, la actividad de reagrupamiento, de organización, es decir, la acción dirigida al exterior, fue claramente prioritaria respecto a la actividad interna de diferenciación ideológica. Este fue el período durante el cual la Internacional obtuvo sus más sorprendentes éxitos. Casi todas las organizaciones obreras que existían en el mundo entero entraron en contacto y fueron aglutinadas por ella: la mayor parte de las *trade-unions* británicas, los partidos obreros alemanes — el partido lassalleano, al que la legislación prusiana prohibía adherirse directamente a la AIT, se solidarizó públicamente con su programa —, las corrientes socialistas-proudhonianas francesa y belga, las organizaciones surgidas del trabajo febril de Bakunin y sus amigos en Suiza, Italia y España.

De hecho, la Internacional sólo conoció dos fracasos en esta fase. En los Estados Unidos, pese a unos contactos inicialmente prometedores, la organización nacional obrera, la *National Labor Union*, se negó a entrar en la AIT, y pronto se desagregó bajo los efectos de una variante americana del proudhonismo, el *greenbackismo*. En Gran Bretaña, a pesar del dictamen favorable emitido por dos congresos de las *trade-unions*, el de Sheffield (1866) y el de Birmingham (1869), algunos sindi-

catos importantes, sobre todo el Consejo Sindical de Londres, se negaron a adherirse a la organización internacional.

Sin embargo, ¡qué pueden representar estos dos fracasos ante los sorprendentes resultados que se lograron! La Internacional adquiere una influencia real sobre el movimiento sindical en Londres, que representa más de 100.000 obreros organizados. Dirige la gran agitación por el sufragio universal, que alcanza su punto culminante, en verano de 1866, con una asamblea de 60.000 personas en Hyde Park. Interviene en la política mundial, envía un comunicado de simpatía a Abraham Lincoln con ocasión de la emancipación de los esclavos, pone en guardia, en 1869, a los trabajadores británicos y a los trabajadores americanos ante la amenaza de guerra entre ambos países, protesta contra el asesinato de obreros por el ejército en Bélgica, organiza una protesta internacional contra la guerra francoalemana de 1870-71.

Sus éxitos internacionales más importantes se deben, sin duda, a su actividad de solidaridad y de coordinación de las luchas obreras.

Desde el momento en que los obreros de los países de Europa occidental se familiarizaron con la existencia de la Internacional, no hubo huelga en que los huelguistas dejaran de dirigirse a ella en petición de ayuda y solidaridad. En este sentido, la AIT fue a la vez una Internacional política, una federación sindical internacional y una alianza de federaciones profesionales internacionales; o, al menos, tuvo que desempeñar a la vez todos estos papeles en la medida de lo posible. Un breve extracto de los informes del Consejo General dará idea de las múltiples peticiones ante las que se encuentra la AIT:

El 23 de mayo de 1865, lectura de una carta de los obreros de las fábricas de tul de Lyon relacionada con la ofensiva contra los salarios. El 20 de junio de 1865, el Consejo escucha un comunicado anunciando que la asociación de tejedores de Lille desea adherirse a la AIT. También se da lectura a una carta que llega de Lyon: los obreros de Lyon han tenido que retroceder por falta de medios de existencia. El 30 de enero de 1866, se delibera acerca del sindicato de Londres que discute la cuestión de las cámaras de arbitraje. El 27 de marzo de 1866, comunicado que anuncia una huelga de sastres en Londres y el proyecto de traer a esta ciudad a esquiroleros desde el continente.

El Consejo General decide advertir a los países vecinos, para impedir que durante el período de lucha lleguen obreros continentales. El 4 de abril de 1866, un delegado de los obreros trefiladores da las gracias al Consejo, que ha intentado evitar que la patronal pudiera reemplazar a los huelguistas por obreros del continente. El 22 de mayo, carta de Ginebra que se refiere al comienzo de una huelga de zapateros, con ruego de informar a todos los obreros.

La lucha ideológica en el seno de la Primera Internacional

El éxito más brillante que la Internacional obtuvo en el terreno de la acción fue, igualmente, el más inesperado de todos ellos, y el menos preparado conscientemente: el advenimiento de la Comuna de París. Si bien es cierto que la Internacional no desempeñó ningún papel decisivo en la preparación y la dirección de la Comuna, también lo es que el auge del movimiento obrero francés, especialmente en París, durante los años y los meses que precedieron a la Comuna, estuvo lo bastante influido por la Internacional como para que pueda considerarse objetivamente que la primera revolución proletaria victoriosa fue la coronación lógica de su trabajo.

Paradójicamente, fue la Comuna de París la que inauguró la segunda fase de la existencia de la Internacional, la de la lucha ideológica intensa, que pronto se convirtió en la fase de su decadencia organizativa. Existen, sin embargo, distintas explicaciones posibles de esta paradoja.

La Primera Internacional fue, desde un comienzo, un *matrimonio de conveniencia* (según Franz Mehring) entre las *trade-unions* británicas y el movimiento obrero continental, mucho más débil, pero mucho más politizado. Al impulsar la *Reform League* por el sufragio universal, Marx supo, de forma genial, utilizar una coyuntura pasajera para hacer que cristalizara el interés político acrecentado de los sindicalistas británicos y para fijarlo en la participación en la Primera Internacional. Pero cuando Disraeli tuvo que conceder al pueblo británico una ley electoral notablemente avanzada, las eminencias de las *trade-unions* trataron de utilizar al partido liberal para entrar en el parlamento, exactamente de la misma forma en que se comportaron los sindicatos americanos, a partir de 1936, con el partido demócrata. La Comuna de París fue excesivamente revolucionaria para unos dirigentes obreros comprometidos en aquella vía. Odger, el presidente del Consejo General y el dirigente más influyente de los sindicatos londinenses, dimitió en cuanto se publicó el inolvidable folleto de Marx en defensa de la Comuna, y el *matrimonio de conveniencia* no tardó en romperse.

Las *trade-unions* habían sido la verdadera base —material y popular— de la Primera Internacional. Entre los primeros resultados de la Comuna de París no sólo estuvo la destrucción de esta base, sino también el reinado de la reacción en el continente, que hizo imposible la adquisición de una nueva base de masas para una Internacional obrera. Entre la ruptura con las *trade-unions* y el auge de la socialdemocracia alemana hay un vacío de quince años durante el cual el movimiento político de la clase trabajadora conoció (salvo en Alemania) un indudable retroceso respecto al período 1864-1871.

El reflujo del movimiento real de la clase acentuó y envenenó rápidamente las relaciones internas de la AIT. Unas tendencias centrífugas ya difíciles de contener en el período de éxitos organizativos tenían que estallar inevitablemente a partir de los primeros fracasos importantes. La llegada a Londres de una masa de refugiados de la Comuna, con sus discusiones apasionadas sobre la responsabilidad de la derrota, y con sus ilusiones, en muchos casos ingenuas, de un relanzamiento del movimiento, enmarañaba aún más la situación, y, en palabras de Engels, transformó al Consejo General en un verdadero parlamento.

Finalmente, la importancia repentina y desmesurada que adquirió cada una de las acciones de la Internacional ante la opinión pública mundial a partir del momento en que la reacción le atribuyó la paternidad de la Comuna exacerbó, a su vez, los conflictos ideológicos internos de la Internacional.

Desde el comienzo de su colaboración con la Internacional, Marx había tenido la obsesión de aquello que él llamaba *escándalos*. Conocía, por su propia experiencia de emigrado alemán, los efectos desastrosos de las disputas públicas, frecuentemente emponzoñadas por disputas personales, en una clase obrera aún escéptica y escasamente convencida de su propia fuerza. Al principio, había intentado retrasar el primer congreso de la Internacional por miedo a tales escándalos. A partir del advenimiento de la Comuna, consideró inadmisibles que los partidarios de Bakunin pudieran publicar su literatura irresponsable o, incluso, desencadenar peligrosas aventuras, como la revolución española de 1873, en nombre de la Internacional. La ruptura con Bakunin fue, a partir de entonces, inevitable. Posteriormente, ha habido filisteos y moralistas que han acusado a Marx de haber *sacrificado* la Internacional a consideraciones tácticas. Pero la historia le dio espectacularmente la razón. La tradición establecida por la Internacional durante el breve período de su existencia fue la base del auge del movimiento obrero a finales del siglo XIX. Permitir que los bakuninistas hablaran en nombre de la Internacional hubiera desorganizado por mucho tiempo la vanguardia obrera y retrasado la organización de la clase durante un largo período.

La herencia teórica de la Internacional

La rápida desagregación que conoció la Primera Internacional tras la derrota de la Comuna de París,

bajo el efecto de la lucha de tendencias entre marxistas y bakuninistas, no aminora en absoluto la capital importancia teórica de esta lucha. Si es cierto que el programa general del movimiento obrero, como expresión consciente del proceso histórico inconsciente, fue formulado, de una vez por todas, por el *Manifiesto Comunista*, no resulta exagerado decir que no fue sino a través de la traducción de dicho manifiesto en los documentos, comunicados y resoluciones de la Primera Internacional que el proletariado de los principales países de Europa adquirió las primeras nociones generales de este programa.

La lucha ideológica entre el marxismo y las corrientes no marxistas de la Primera Internacional fue, esencialmente, una lucha entre el pasado sectario, utópico, pequeñoburgués, del movimiento obrero socialista, y el futuro comunista del movimiento político. Bastará con recordar que el primer gran debate de los primeros congresos de la AIT giraba en torno a la cuestión de la utilidad de las huelgas y de los sindicatos, que los proudhonianos y los futuros aliados de Bakunin negaban, isin que ello les impidiera convertirlos en una panacea universal algunos años más tarde! En el tercer congreso de la Internacional, hubo una decisión favorable a la propiedad colectiva del suelo y el subsuelo, con la oposición encarnizada, una vez más, de los proudhonianos.

La influencia proudhoniana pudo eliminarse más fácilmente que la influencia bakuninista porque los proudhonianos representaban una tendencia pequeñoburguesa en los países ya industrializados, mientras que los bakuninistas se apoyaban en países en los que el modo de producción capitalista apenas había alcanzado la etapa de la industria doméstica y de la manufactura (España, Italia, Suiza francesa). En el primer caso, fue la misma realidad objetiva la que marginó las utopías pequeñoburguesas. En el segundo, la realidad objetiva aún no había creado las bases del verdadero movimiento obrero moderno.

El resultado más positivo de la acción ideológica de Marx y sus amigos en el seno de la AIT fue unificar a escala internacional las concepciones políticas y doctrinales de la vanguardia obrera. Cuando se constituyó la Primera Internacional, los pequeños grupos —o tendencias más amplias— que se desarrollaban en distintos países entraron en el movimiento con un montón de prejuicios particulares, nacidos de las tradiciones nacionales particulares del movimiento obrero de cada país. No puede decirse que estos prejuicios hubieran desaparecido cuando la Internacional dejó de existir. Pero a partir de entonces existió en cada país una corriente ideológica marxista consciente y determinada que, con la posible excepción de España, iba pronto a asumir la dirección de la vida política obrera en el marco nacional. Antes de 1864, en torno a Marx y Engels había tan sólo amigos personales. Después de 1872, existían núcleos marxistas organizados en casi todos los países de Europa.

La particularidad organizativa de la Primera Internacional

Este balance es aún más notable si se tiene en cuenta que, con la excepción del partido lassalleano en Alemania, *no existía en Europa ni un solo partido obrero nacional* en el momento en que se fundó la Primera Internacional.

Aquellos que abordan el desarrollo del movimiento obrero con un buen sentido un tanto vulgar han emitido el dogma de que *para constituir una Internacional hay que constituir, ante todo, partidos nacionales sólidos*. Con el ejemplo de la Primera Internacional, puede verse de inmediato cómo el movimiento dialéctico de la vida desorienta siempre a los aficionados a la lógica formal. Para resumir el significado organizativo de la Primera Internacional, puede decirse que *fue gracias a la constitución de la Internacional que pudieron luego constituirse partidos nacionales*.

En el caso de algunos países, como Francia, es una legislación particular, anticoalicionista, la que explica el hecho de que la adhesión a la Internacional no se produjera por parte de una organización

nacional, sino de secciones locales que tardaron largo tiempo en agruparse nacionalmente. Pero en la mayoría de los casos la causa del fenómeno es mucho más profunda. En realidad, el movimiento obrero de estos países o bien era inexistente, o bien estaba en trance de muerte en el momento en que se fundó la Primera Internacional. Fue la actividad práctica y teórica de la Internacional la que dio el impulso necesario para que se organizara una acción política a escala nacional.

Es cierto que la Internacional se desagregó en cuanto se hubieron desarrollado partidos obreros nacionales, o, más bien, es cierto que esos dos fenómenos coincidieron más o menos, en numerosos países, a mediados de los años setenta. Pero de ahí no puede surgir ningún argumento contra la eficacia de la organización internacional (...). ♦

LA PRIMERA INTERNACIONAL (1864-76)*

GEORGE NOVACK

1. Formación de la Primera Internacional

La Primera Internacional nació en Inglaterra. Esto no fue accidental. Inglaterra, la cuna del capitalismo industrial, era el país económicamente más avanzado del siglo XIX. Los antagonismos de clase modernos surgieron primero y se desarrollaron más poderosamente en Inglaterra y fue allí donde primero se manifestaron las formas esenciales de la lucha proletaria contra la clase capitalista. En el gran movimiento Cartista de 1840, Inglaterra presenció la primera movilización política del proletariado como clase. Fue en Inglaterra donde por primera vez la clase obrera se organizó en sindicatos. Los más intrépidos y visionarios líderes de la clase obrera inglesa fueron los primeros en llegar a una clara comprensión de la lucha de clases como factor histórico y principio táctico. Fue allí donde el proletariado adquirió antes el profundo sentido de la solidaridad internacional y la necesidad imperativa de concertar la acción en la lucha contra la sociedad capitalista basada en esta solidaridad.

La Primera Internacional no bajó del cielo completamente desarrollada ni fue la creación exclusiva de la grandiosa mente de Marx. Fue un producto genuino del movimiento de la clase obrera y de la iniciativa de su vanguardia. Creció sobre un terreno ya roturado con la lucha de clases y regado por las semillas del internacionalismo. Su aparición fue preparada por un grupo de precursores que había difundido las ideas y sentimientos de la solidaridad proletaria, ideas que penetraron en pequeños círculos de trabajadores concientes, aun bajo las condiciones más adversas y decepcionantes.

Desde 1845 hasta 1864, hubo una serie de intentos de organización de la clase obrera que culminaron en la fundación de la Primera Internacional. Aquí señalaremos las tres organizaciones más importantes. La primera de ellas fue la Sociedad de Demócratas Fraternalistas, organizada en 1845 por Julian Harney en Londres, donde se aglutinaron los refugiados políticos de toda Europa. Esta fue la primera organización internacional de la clase obrera. La segunda fue la Liga Comunista que, basada en el trabajo de Marx y Engels, el Manifiesto Comunista, dio al movimiento obrero internacional su primer programa científico y las bases teóricas correctas. La tercera fue el Comité Internacional organizado por Ernest Jones en Londres que, por medio de sus mítines masivos y manifiestos, mantuvo vivas las tradiciones del internacionalismo durante los reaccionarios años de la década de 1850.

Cuando las condiciones para su fundación maduraron, la Primera Internacional fue construida sobre las bases del trabajo realizado por estos pioneros. Después de la derrota de las revoluciones de

* Publicado por primera vez en español en NOVACK, FRANKEL Y FELDMAN: *Las tres primeras internacionales: su historia y sus lecciones*. Bogotá, Editorial Pluma, Bogotá, 1977. George Novack, (Boston, 5 de agosto de 1905 - Nueva York, 30 de julio de 1992) fue un intelectual y político marxista de Estados Unidos. Ocupó la secretaría general del Socialist Workers Party entre 1940 y 1973.

1848 y durante el auge posterior del capitalismo en la década de 1850, el movimiento obrero estuvo terriblemente deprimido. A muchos parecía que nunca recobraría la intensidad revolucionaria que había desplegado en los momentos más candentes de los levantamientos de 1848. A pesar de que la idea del internacionalismo decayó, nunca estuvo totalmente extinguida. Se mantuvo viva en pequeños grupos aislados muy débiles, pero fieles líderes de la clase obrera. Aquellos que han pasado por períodos comparables de reacción y repliegue durante el siglo XX pueden comprender el carácter de la época.

Más tarde, a finales de la década de 1850, ocurrieron una serie de hechos que cambiaron la situación internacional y contribuyeron a revivir el movimiento obrero y por consiguiente al espíritu internacionalista. Los más importantes fueron la crisis económica de 1857, la más catastrófica y extendida del siglo XIX, la guerra de independencia italiana en 1859 y el estallido de la Guerra Civil en Estados Unidos en 1860-1861.

Estos grandes eventos históricos tuvieron consecuencias económicas y políticas extremadamente significativas en Francia e Inglaterra, los países más industrializados de Europa. Debilitaron la dictadura de Napoleón III y le obligaron a extender las concesiones económicas y políticas a los, hasta ahora, atomizados obreros franceses. Paso a paso avanzaron los trabajadores. Se les dio la oportunidad de votar en las elecciones y se rechazaron las leyes que prohibían las organizaciones sindicales para mejorar las condiciones de vida.

Sin embargo, los desarrollos decisivos tuvieron lugar en Inglaterra. Aunque en 1825 los trabajadores ingleses conquistaron el derecho a sindicalizarse, carecían del derecho a votar. Mientras tanto, el desarrollo continental del capitalismo había creado una competencia peligrosa para los trabajadores ingleses en la forma de trabajo sobreexplotado. Cuando intentaban asegurar salarios más altos, o menos horas de trabajo, los capitalistas ingleses amenazaban con importar fuerza de trabajo barata de Francia, Bélgica, Alemania y otros países. El estallido de la Guerra Civil norteamericana y el embargo de las exportaciones de algodón produjeron una crisis algodonera que causó gran miseria entre los obreros textiles ingleses.

Estas condiciones impactaron a los sindicatos británicos y precipitaron el desarrollo de lo que llegó a conocerse como el *Nuevo Sindicalismo* dirigido por un grupo de líderes experimentados de los mecánicos, carpinteros, ebanistas, constructores, zapateros y otros sindicatos. Estos hombres reconocieron la necesidad de una lucha política a favor de los sindicatos y comenzaron a tomar un profundo interés en los asuntos nacionales y extranjeros. Realizaron enormes mítines de masas exigiendo la extensión del derecho al voto de los obreros, protestando por la conspiración del primer ministro Palmerston para intervenir en la Guerra Civil norteamericana contra el Norte, y dándole una recepción de bienvenida a Mazzini, luchador por la libertad italiana, quien visitó Londres en 1864.

Este despertar político de la clase obrera inglesa y francesa también revivió la idea del internacionalismo. La visita de delegados obreros franceses a la Exposición Mundial de Londres en 1862, aunada la conspiración conjunta de Francia, Inglaterra y Rusia para aplastar la insurrección polaca por la independencia en 1863, condujo a un intercambio de correspondencia sobre sus calamidades comunes y finalmente a un mitin conjunto de representantes obreros franceses e ingleses en el St. Martin's Hall en Londres, el 28 de septiembre de 1864. Allí se decidió crear un comité que delineara los estatutos para una organización internacional obrera que deberían ser aprobados en un congreso internacional, citado al año siguiente en Bélgica. Las reseñas periodísticas sobre el comité, que estaba compuesto por numerosos sindicalistas y representantes obreros extranjeros, mencionaban en último lugar a Karl Marx, quien estaba destinado a ser una de las figuras más destacadas de la organización.

El papel de Marx

Después de las derrotas de 1848, que precipitaron la disolución de la Liga Comunista, y durante los años siguientes de reacción, los exiliados Marx y Engels, a pesar de que siguieron de cerca los acontecimientos políticos, se dedicaron a su trabajo científico. Reconociendo que *hay un tiempo para cada cosa* esperaron un vuelco de la situación para desarrollar su actividad práctica de organización del movimiento obrero en condiciones más propicias. En el momento en que el movimiento obrero y revolucionario comenzó a revivir, los combatientes se pusieron su armadura y se sumergieron en la pelea con todas las armas a su alcance. El 13 de febrero de 1863, Marx escribió a Engels: *La era de la revolución se abre de nuevo claramente en Europa*. Cuando se conformó el Comité Internacional de Trabajadores, escribió a sus amigos norteamericanos: *A pesar de que durante años, me he negado sistemáticamente a pertenecer a cualquier «organización», esta vez acepté porque aquí existe la posibilidad de hacer algo realmente bueno*.

Inmediatamente Marx se convirtió en el líder intelectual de este comité de cincuenta miembros, la mitad de los cuales eran obreros ingleses. Después de que otros vacilaran, asumió la tarea de esbozar el programa y los estatutos de la Primera Internacional. El Comité entusiasta y unánimemente aprobó el Discurso inaugural y el Reglamento provisional, pidiendo solamente la adición de unas pocas frases abstractas acerca del *derecho y el deber, la verdad, la moralidad y la justicia* que, como Marx dijo a Engels, fueron incluidas por él de tal forma que no desfiguraron el contenido.

El Discurso inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores pronunciado en el mitin del St. Martin's Hall de Londres, el 28 de septiembre de 1864 es, junto con el Manifiesto Comunista, una fuerte denuncia del capitalismo y una exposición de las metas de la clase obrera. Comenzó recordando el impresionante hecho de que durante los años de 1848 a 1864, a pesar de ser un período de incomparable desarrollo industrial y comercial, la miseria de la clase obrera no había disminuido.

Para probar este punto comparó las aterradoras estadísticas publicadas en los *Blue Books* oficiales sobre la miseria del proletariado inglés con las cifras utilizadas por el ministro de hacienda, Gladstone, en sus discursos ministeriales. Estas mostraban que *el intoxicante aumento de la riqueza y el poder* que se dio en el mismo período había sido en exclusivo beneficio de las clases poseedoras. Quizá la única excepción era la de una pequeña capa aristocrática de trabajadores, que recibían salarios más altos; pero este incremento desaparecía ante el alza general en los precios. *Por todas partes las grandes masas de las clases trabajadoras se hunden cada vez más profundamente, y al mismo ritmo de quienes por encima de ellas ascienden en la escala social... Cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo tiende a agudizar los contrastes sociales y a evidenciar los antagonismos de la sociedad... Esta época está marcada en los anales de la historia por el rápido retorno, el gran alcance y los efectos mortales de esa peste social llamada crisis comercial e industrial*.

El discurso señalaba que, incluso en los años reaccionarios de 1850, los trabajadores consiguieron dos conquistas significativas. Una de ellas fue la promulgación legal de la jornada de diez horas de trabajo, forzada por la lucha del proletariado inglés. *La ley de las diez horas no fue sólo una gran conquista práctica, sino la victoria de un principio; era la primera vez que, a la luz del día, la economía política de la clase media sucumbía ante la economía política de la clase obrera*. Otro logro significativo fue el establecimiento del movimiento cooperativo y de las fábricas cooperativas, que probaron en la práctica que los trabajadores pueden organizar la producción y sus intercambios sin necesidad de los explotadores.

Y aun más: *los señores de la tierra y del capital continuarán utilizando sus privilegios sistemáticamente para la defensa y perpetuación de su monopolio [de los medios de producción]. Por lo tanto, la gran tarea de la clase obrera es la de tomar el poder político. Los trabajadores se están dando cuenta de esta necesidad, tal como lo demostraron con el resurgimiento de los movimientos obreros*

en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia y con los esfuerzos por organizar políticamente a los trabajadores. Los obreros poseen un elemento para el éxito: su número. Pero el número pesa en la balanza sólo cuando está unido en una organización y dirigido hacia un fin consciente. La experiencia ha demostrado que ignorar la solidaridad que debe existir entre los trabajadores de todos los países y dejar de impulsarles a estar presentes hombro con hombro en todas las luchas por su emancipación, revierte siempre en un fracaso general de todos sus esfuerzos. Esta consideración, junto con las señaladas anteriormente sobre la política exterior, condujo al mitin del St. Martin's Hall a fundar la Asociación Internacional de los Trabajadores. (Según Mehring)

El discurso concluyó con el inmortal grito de batalla del *Manifiesto Comunista: ¡Proletarios de todos los países, uníos!*

En las Reglas provisionales se incluyen muchas de las máximas clásicas del marxismo. La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos. La lucha por la emancipación de la clase obrera no es la lucha por el establecimiento de nuevos privilegios de clase, sino por la total abolición del régimen de clases. El sometimiento económico del trabajador ante aquellos que se han apropiado de los instrumentos de trabajo, esto es, de las fuentes de la vida, conduce a todo tipo de servidumbre: miseria social, atrofia intelectual y dependencia política. La emancipación económica de la clase obrera es, por lo tanto, la gran meta para la cual deben utilizarse todos los movimientos políticos. La emancipación de los trabajadores no es una tarea local, ni nacional. Abarca a todos los países en los que existe la sociedad moderna y sólo puede lograrse por medio de una cooperación sistemática entre todos estos países. Las reglas trazaron y definieron las tareas del Consejo General compuesto por trabajadores de varios países representados en la asociación.

El Discurso inaugural se diferencia del Manifiesto comunista en la forma. Marx escribió a Engels, *hace falta tiempo, antes de que el movimiento revivido nos permita utilizar el viejo lenguaje audaz. La necesidad del momento es: osadía en el contenido, pero moderación en la forma.* Este documento se diferenciaba del Manifiesto porque pretendía agrupar en una sola estructura a trabajadores con diferente grado de desarrollo político. Pero contenía implícitamente las ideas fundamentales del comunismo. Marx confiaba en que posteriormente la conciencia de clase de los trabajadores se desarrollaría y se elevaría como resultado de su acción unificada para garantizar la victoria final del socialismo científico en el interior de la Internacional y, a través de ésta, sobre la clase capitalista.

Logros de la Primera Internacional

La Primera Internacional vivió durante catorce años, desde 1864 hasta 1878. Como es imposible relatar toda su actuación y los documentos de sus congresos, se mencionarán solamente los logros y las actividades organizativas más destacadas.

La Internacional se anotó su primer éxito significativo en la lucha que dirigieron sus miembros por la reforma de los derechos políticos en Inglaterra. Al escribir a Engels el 7 de julio de 1886, Marx decía:

Las manifestaciones de los obreros de Londres, maravillosas, si las comparamos con cualquier otra que hayamos visto en Londres desde 1849, son fruto del trabajo de la Internacional. Por ejemplo, Lucraft, el líder de la manifestación en Trafalgar Square, es miembro de nuestro consejo. En un mitin de 20.000 personas en Trafalgar Square, Lucraft propuso una manifestación en Whitehall Gardens, «donde una vez hicimos picadillo la cabeza de un rey», y poco después, una manifestación de 60.000 personas en Hyde Park, casi se convierte en insurrección.

(...).

Los miembros de la Internacional dirigieron una vigorosa campaña por una legislación laboral progresiva. Exigieron una jornada de trabajo más corta y condenaron el trabajo nocturno y todas las formas de trabajo perjudiciales para las mujeres y los niños. En 1886, el Congreso de la Internacional de Ginebra declaró: *Exigiendo la adopción de estas leyes, la clase obrera no consolidará los poderes dominantes, sino que por el contrario, convertirá en su propio instrumento a esos poderes que ahora son utilizados contra ella.*

La Internacional estimuló la organización sindical en muchos países. Así mismo, buscó elevar el nivel político del movimiento sindical y lograr que sus miembros fuesen concientes de su misión histórica.

Conduciendo incesantemente una guerra de guerrillas en la lucha diaria entre el capital y el trabajo, los sindicatos llegarán a ser aun más importantes como palanca para la abolición organizada del trabajo asalariado. En el pasado, los sindicatos han concentrado sus actividades demasiado exclusivamente en la lucha inmediata contra el capital, pero en el futuro no se pueden mantener al margen de la política general y del movimiento social de su clase. Su influencia será cada vez más fuerte y las grandes masas de trabajadores se darán cuenta de que su meta no es estrecha ni egoísta, sino que se propone lograr la emancipación de millones de oprimidos.

De acuerdo a esta línea, la Internacional apoyó las huelgas que se extendieron de un país a otro después de la crisis económica de 1866. En cualquier sitio donde estallaran estas luchas la Internacional llamó a los trabajadores a apoyar, en su propio interés, a sus compañeros extranjeros. Los capitalistas trataron de atribuir estas huelgas a las maquinaciones de la Primera Internacional, así como hoy se las atribuyen a las actividades de los *agitadores extranjeros* o a los *rojos*. Algunos capitalistas suizos llegaron a enviar un emisario a Londres para averiguar las fuentes financieras de la Internacional, que eran realmente escasas. *Si estos buenos cristianos ortodoxos hubiesen vivido durante los primeros días de la cristiandad, habrían investigado la cuenta bancaria de Pablo en Roma*, dijo Marx burlonamente.

La Internacional expresó su solidaridad activa siempre que las luchas de los pueblos llegaron al extremo de una guerra civil o nacional. De 1864 a 1869 la Internacional le envió cuatro mensajes al pueblo norteamericano. El primero fue al presidente Lincoln, apoyando la resistencia de su gobierno al poder esclavista; el segundo al presidente Johnson sobre el asesinato de Lincoln; el tercero al pueblo, por su triunfo sobre los esclavistas; y el cuarto a William Sylvis, presidente del National Labor Union, en 1869, en protesta contra los intentos de las clases dominantes europeas de arrastrar a Estados Unidos a la guerra.

La Internacional desató sobre su cabeza la ira de toda la burguesía y de los filisteos cuando, en dos mensajes escritos por Marx, exhortó a los trabajadores franceses a que se sublevaran al final de la guerra francoprusiana en 1871 a tomar el poder y crear la Comuna de París. Con un ejército invasor a sus puertas, estos *titanes de tormentas* de la clase obrera, fueron sangrientamente masacrados por las fuerzas de la burguesía francesa, ayudadas por el ejército de Bismarck (...).

El mayor logro de la Internacional fue dar la prueba viviente de que la unidad internacional de los trabajadores era posible y fructífera

A pesar de su inevitablemente primitiva organización interna, aportó un modelo para todas las organizaciones proletarias internacionales posteriores. El término *internacionalismo* está en el diccionario y el himno *La internacional* fue escrito gracias a la existencia de la Primera Internacional.

La lucha por el marxismo

Junto con estas demostraciones prácticas de la solidaridad entre la clase trabajadora, la Primera Internacional sirvió de instrumento y de terreno para la popularización de las ideas marxistas. A pesar de que Marx fue reconocido como su inspirador y dirigente teórico, sus doctrinas tuvieron que luchar para lograr el predominio dentro de la organización y entre los obreros con conciencia de clase. Desde un principio, Marx tuvo que luchar contra la ideología liberal burguesa y evitar las presiones de los líderes sindicales británicos en el Consejo General.

Pero los competidores más serios de las ideas del socialismo científico entre los obreros avanzados fueron las diferentes variedades del socialismo no marxista, el anarquismo y las actitudes sectarias y oportunistas en relación a los problemas que afrontaba el movimiento obrero. La historia de la Primera Internacional, escribió Marx en una carta a Bolte el 23 de noviembre de 1871, fue:

una lucha continua del Consejo General contra las sectas y los experimentos de aficionados, que intentaban mantenerse dentro de la Internacional contra el movimiento real de la clase obrera. Esta lucha se llevaba a cabo en los congresos, pero mucho más en las negociaciones privadas del Consejo General con las secciones individuales.

Marx tuvo que pelear con las ideas proudhonianas, que hoy han desaparecido totalmente, pero que en esa época eran la corriente más popular del socialismo no marxista. Los dos futuros yernos de Marx, Paul Lafargue y Charles Longuet, fueron apóstoles de Proudhon antes de volverse marxistas.

A diferencia de los socialistas científicos, los proudhonianos querían conservar la propiedad privada, reorganizando el intercambio de productos apropiados privadamente. Sus planes prácticos para reformar la sociedad burguesa consistían en formar sociedades cooperativas y en remendar el sistema monetario. (...). Proudhon se oponía a los sindicatos, deploraba las huelgas y repudiaba la participación directa en política. Sus discípulos sostenían que las naciones deberían disolverse en pequeñas comunidades que luego formarían algún tipo de asociación voluntaria en sustitución del estado.

Marx y sus seguidores tuvieron que luchar continuamente contra esta tendencia, muy poderosa entre los trabajadores franceses y suizos, que no eran obreros de fábrica sino artesanos (...).

Sin embargo, la lucha teórica y organizativa más importante de Marx fue contra las ideas anarquistas, representadas por Mijail Bakunin, heroico revolucionario ruso y padre del movimiento político anarquista que hoy está en sus últimos días. Podemos indicar brevemente las principales diferencias entre Marx y Bakunin. (...).

El marxismo lucha contra todos los gobiernos reaccionarios y busca establecer el poder estatal de la clase obrera, como transición necesaria para abolir toda autoridad del estado y las formas de coerción. El anarquismo está contra toda autoridad y todo tipo de estado, independientemente de su carácter reaccionario o progresivo y de su naturaleza de clase. Los anarquistas, por lo tanto, se oponen a la participación en política, mientras los marxistas enseñan que los trabajadores deben participar activamente en política y conquistar el poder del estado *por los medios que sean necesarios*.

Estas diferencias de principio le dieron base a Bakunin para formar dentro de la Internacional una organización secreta que buscó tomarse la dirección por medio de tácticas conspirativas. Las luchas internas entre las dos tendencias irreconciliables dividieron y debilitaron considerablemente a la Internacional.

Los marxistas también tuvieron que pelear contra Lasalle, y sus seguidores en el movimiento obrero alemán, alrededor de dos problemas fundamentales. Uno, era su táctica sobre con qué fuerzas aliarse en la lucha. Lasalle apoyó, por ejemplo, las políticas de Bismarck a favor de los terratenientes – los

junkers- contra de los partidos burgueses, en vez de defender una política independiente de los trabajadores. Al mismo tiempo, estos *socialistas bismarckianos* tenían una actitud sectaria hacia los sindicatos y se negaban a entrar en un sindicato si éste no tenía su programa y su dirección. No entendían las diferencias entre un sindicato, como organización de masas en el terreno económico que abarca a obreros de todos los grados de desarrollo político y el partido (...).

Los fundadores de la Internacional tuvieron que combatir así contra una multitud de enemigos externos y de opositores internos. Estas fuerzas destructivas llegaron a ser arrolladoras bajo condiciones históricas adversas, después del fracaso de la Comuna de París. Esto condujo a la decadencia, desintegración y finalmente a la disolución formal de la Primera Internacional en 1878, después de que su sede fuese trasladada a Nueva York.

A pesar de que la Primera Internacional murió, su obra sigue vigente. En 1878 Marx, atacando el argumento de que la Internacional había fracasado, escribió:

En realidad, los partidos obreros socialdemócratas en Alemania, Suiza, Dinamarca, Portugal, Italia, Bélgica, Holanda y Norteamérica, organizados más o menos dentro de fronteras nacionales, ya no son secciones aisladas dispersamente repartidas en varios países y dirigidas por un Consejo General desde la periferia, sino que representan a la clase obrera misma en constante, activa y directa relación, que se mantiene unida por el intercambio de ideas, la asistencia mutua y la igualdad de fines... Así, lejos de haber muerto, la Internacional se ha desarrollado de un nivel a otro más alto, en el cual muchas de sus tentativas originales ya han sido realizadas. Durante el curso de este constante desarrollo experimentará muchos cambios antes de que el último capítulo de su historia pueda ser escrito.

Se verá cómo esta visión profética de Marx acerca de las vicisitudes de la Internacional se verificó en la realidad. ♦

CRONOLOGÍA DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

- **28 septiembre 1864 Conferencia inaugural.** Se crea la AIT en asamblea pública celebrada en St. Martin´s Hall (Londres). Participan tradeunionistas británicos, proudhonianos franceses y exiliados -húngaros, italianos, alemanes como Marx- que viven en Londres. Ese día es elegido el Consejo General, con 54 miembros y sede en Londres. Se aprueba conformar un Comité provisional que más tarde redactará el programa –*Manifiesto Inaugural*- y el *Estatuto provisional*.
- **27 octubre 1864 se aprueba** por unanimidad el *Manifiesto Inaugural* y el *Estatuto provisional*, ambos redactados por Marx.
- **25-29 septiembre 1865 Conferencia interna preliminar de Londres.** Asisten los representantes de Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Suiza (Ginebra) y los representados nominalmente por los exiliados. Traza la agenda de los puntos a tratar en el primer Congreso.
- **3-8 septiembre 1866 primer Congreso (Ginebra-Suiza).** Asisten unos 60 delegados, entre los que dominan los franceses, para dar a la AIT la constitución definitiva. Se decide que el domicilio del Consejo General continúe siendo Londres. Defiende la emancipación obrera y apoya la generalización del mutualismo.
- **2-8 sept. 1867 segundo Congreso (Lausana-Suiza).** Mayoritaria presencia suiza y francesa, que continúa dominando. El avance de la AIT es evidente. Preside las sesiones Guillaume. Entre las resoluciones del congreso destaca la dedicada a la lucha política y contra la guerra en Europa, planteando la abolición de los ejércitos permanentes y el mantenimiento de la paz. Aspira a la formación de una confederación de Estados Libres de Europa.
- **6-13 septiembre 1868 tercer Congreso (Bruselas-Bélgica).** Asisten 100 delegados, la mayoría de ellos eran belgas, seguidos por suizos y británicos. Por primera vez un español, Sarro Magallán, pseudónimo del maquinista barcelonés A. Marsal Anglora, acude a un congreso obrero internacional. El congreso aborda temas como la propiedad, la huelga, el maquinismo o la guerra; marca la aceptación de la socialización por parte de la AIT, y apoya la legitimidad y la necesidad de la huelga, también en caso de guerra, lo que Marx califica de utópico.
- **25 septiembre 1868 fundación en Ginebra de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista** por Bakunin y su grupo (exiliados europeos). Pide su ingreso en la AIT, que es rechazado.
- **9 marzo 1869 disolución de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista** como organización internacional, y pide a sus secciones que ingresasen en sus respectivas federaciones nacionales y locales de la AIT.
- **Julio 1869 ingreso de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista en la AIT,** aceptado por el Consejo General sobre las bases aprobadas en marzo.

- **6-12 septiembre 1869 cuarto Congreso (Basilea-Suiza).** Asisten numerosos delegados, entre los que dominan los franceses. Se presenta por primera vez un partido nacional de trabajadores, el Partido Alemán Socialdemócrata de Trabajadores. Se confirman las resoluciones colectivas tomadas en Bruselas y apoya la necesidad de una organización sindical internacional.
- **Junio 1870: I Congreso de la Federación Regional Española de la AIT en Barcelona.**
- **19 julio 1870-10 mayo 1871: guerra franco-prusiana** por temor de Francia a la unificación y expansionismo alemanes, pese a la oposición de la AIT.
- **Marzo-mayo 1871 se desarrolla la insurrección de la Comuna de París,** que quiere implantar un Estado formado por comunas libres y autónomas.
- **Septiembre 1971, conferencia secreta en Valencia** de los internacionales españoles.
- **17-23 septiembre 1871 Conferencia Internacional de Londres.** Asisten 23 delegados, entre ellos el español Anselmo Lorenzo. Desde el punto de vista político es una de las reuniones más importantes, ya que Marx saca adelante sus tesis sobre la necesaria acción política de la clase obrera.
- **Abril 1972, II Congreso de la Federación Regional Española de la AIT, en Zaragoza.**
- **2-7 septiembre 1872 quinto Congreso (La Haya-Holanda).** Asisten 65 delegados. Dirigido por Marx y Engels, se ocupa de la defensa de los Estatutos de la Internacional contra Bakunin. Aprueba su expulsión, y el traslado del Consejo General a Nueva York. La AIT deja de ser operativa, aunque controlada por los marxistas, hasta su disolución en 1876, en el Congreso de Filadelfia.
- **Diciembre 1972 – enero 1973, III Congreso de la Federación Regional Española de la AIT, en Córdoba.**
- **Mayo 1873, congreso** organizado por la *Nueva Federación Madrileña*.
- **Septiembre 1873 Sexto Congreso (Ginebra).** Se reúne solo para ratificar las resoluciones de anteriores congresos.
- **Junio 1874, IV Congreso de la Federación Regional Española de la AIT, en Madrid**
- **15 julio 1876 séptimo Congreso (Filadelfia).** Asisten 10 miembros del Consejo General, varios delegados de organizaciones norteamericanas y uno alemán. Los demás no pueden asistir por dificultades económicas y políticas. Ante tal situación, el Congreso aprueba disolver el Consejo General.
- **15 julio 1876 disolución de la AIT** por la resolución del Congreso de Filadelfia.

DOCUMENTOS

Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Primer manifiesto del Consejo General de la AIT sobre la guerra franco-prusiana.

Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra civil en Francia en 1871.

Manifiesto del Consejo Federal de la Federación Regional Española de la Primera Internacional

ESTATUTOS GENERALES DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES

Considerando:

que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos; que la lucha por la emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios y monopolios de clase, sino por el establecimiento de derechos y deberes iguales y por la abolición de todo privilegio de clase;

que el sometimiento económico del trabajador a los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir de las fuentes de vida, es la base de la servidumbre en todas sus formas, de toda miseria social, degradación intelectual y dependencia política;

que la emancipación económica de la clase obrera es, por lo tanto, el gran fin al que todo movimiento político debe ser subordinado como medio;

que todos los esfuerzos dirigidos a este gran fin han fracasado hasta ahora por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes ramas del trabajo en cada país y de una unión fraternal entre las clases obreras de los diversos países;

que la emancipación del trabajo no es un problema nacional o local, sino un problema social que comprende a todos los países en los que existe la sociedad moderna y necesita para su solución el concurso teórico y práctico de los países más avanzados;

que el movimiento que acaba de renacer entre los obreros de los países más industriales de Europa, a la vez que despierta nuevas esperanzas, da una solemne advertencia para no recaer en los viejos errores y combinar inmediatamente los movimientos todavía aislados:

Por todas estas razones ha sido fundada la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Y declara:

que todas las sociedades y todos los individuos que se adhieran a ella reconocerán la verdad, la justicia y la moral como bases de sus relaciones recíprocas y de su conducta hacia todos los hombres, sin distinción de color, de creencias o de nacionalidad.

No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes. En este espíritu han sido redactados los siguientes estatutos:

1. La Asociación es establecida para crear un centro de comunicación y de cooperación entre las sociedades obreras de los diferentes países y que aspiren a un mismo fin, a saber: la defensa, el progreso y la completa emancipación de la clase obrera.
2. El nombre de esta asociación será *Asociación Internacional de los Trabajadores*.
3. Todos los años tendrá lugar un Congreso obrero general, integrado por los delegados de las secciones de la Asociación. Este Congreso proclamará las aspiraciones comunes de la clase obrera, tomará las medidas necesarias para el éxito de las actividades de la Asociación Internacional y elegirá su Consejo General.
4. Cada Congreso fijará la fecha y el sitio de reunión del Congreso siguiente. Los delegados se reunirán en el lugar y día designados, sin que sea precisa una convocatoria especial. En caso de necesidad, el Congreso General podrá cambiar el lugar del Congreso, sin aplazar, sin embargo, su

fecha. Cada año, el congreso reunido fijará la residencia del Consejo General y nombrará sus miembros. El Consejo General elegido de este modo tendrá el derecho de adjuntarse nuevos miembros.

En cada Congreso anual, el Congreso General hará un informe público de sus actividades durante el año transcurrido. En caso de urgencia podrá convocar el Congreso antes del término anual establecido.

5. El Congreso General se compondrá de trabajadores pertenecientes a las diferentes naciones representadas en la Asociación Internacional. Escogerá de su seno la gestión de sus asuntos, como un tesorero, un secretario general, secretarios correspondientes para los diferentes países, etc.

6. El Consejo General funcionará como agencia de enlace internacional entre los diferentes grupos nacionales y locales de la Asociación, con el fin de que los obreros de cada país estén constantemente al corriente de los movimientos de su clase en los demás países; de que se haga simultáneamente y bajo una misma dirección una encuesta sobre las condiciones sociales en los diferentes países de Europa; de que las cuestiones de interés general propuestas por una sociedad sean examinadas por todas las demás y de que, una vez reclamada la acción inmediata, como en el caso de conflictos internacionales, todos los grupos de la Asociación puedan obrar simultáneamente y de una manera uniforme. Si el Consejo General lo juzga oportuno, tomará la iniciativa de las proposiciones a someter a las sociedades locales y nacionales. Para facilitar sus relaciones, publicará informes periódicos.

7. Puesto que el éxito del movimiento obrero en cada país no puede ser asegurado más que por la fuerza resultante de la unión y de la organización, que, por otra parte, la utilidad del Consejo General será mayor si en lugar de tratar con una multitud de pequeñas sociedades locales, aisladas unas de otras, puede hacerlo con unos pocos centros nacionales de las sociedades locales, aisladas unas de otras, puede hacerlo con unos pocos centros nacionales de las sociedades obreras, los miembros de la Asociación Internacional deberán hacer todo lo posible por reunir a las sociedades obreras, todavía aisladas, de sus respectivos países, en organizaciones nacionales representadas por órganos centrales de carácter nacional. Es claro que la aplicación de este artículo está subordinada a las leyes particulares de cada país, y que, prescindiendo de los obstáculos legales, toda sociedad local independiente tendrá el derecho de corresponder directamente con el Consejo General.

7. En su lucha contra el poder unido de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose él mismo en partido político distinto y opuesto a todos los antiguos partidos políticos creados por las clases poseedoras. Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la Revolución social y de su fin supremo: la abolición de clases. La coalición de las fuerzas de la clase obrera, lograda ya por la lucha económica debe servirle asimismo de palanca en su lucha contra el Poder político de sus explotadores. Puesto que los señores de la tierra y del capital se sirven siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos y para sojuzgar al trabajo, la conquista del Poder político se ha convertido en el gran deber del proletariado.

8. Cada sección tendrá derecho a nombrar su secretario

9. Todo el que adopte y defienda los principios de la Asociación Internacional de los Trabajadores, puede ser recibido en ella como miembro. Cada sección es responsable de la probidad de los miembros admitidos por ella.

10. Todo miembro de la Asociación Internacional recibirá, al cambiar su domicilio de un país a otro, el apoyo fraternal de los miembros de la Asociación.

11. A pesar de estar unidas por un lazo indisoluble de fraternal cooperación, todas las sociedades obreras adheridas a la Asociación Internacional, conservarán intacta su actual organización.

12. La revisión de los presentes Estatutos puede ser hecha en cada Congreso, a condición de que los dos tercios de los delegados presentes estén de acuerdo con dicha revisión.

13. Todo lo que no está previsto en los presentes Estatutos, será determinado por reglamentos especiales que cada Congreso podrá revisar. ♦

Octubre de 1864

MANIFIESTO INAUGURAL DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES

Trabajadores:

Es un hecho notabilísimo el que la miseria de las masas trabajadoras no haya disminuido desde 1848 hasta 1864, y, sin embargo, este período ofrece un desarrollo incomparable de la industria y el comercio. En 1850, un órgano moderado de la burguesía británica, bastante bien informado, pronosticaba que si la exportación y la importación de Inglaterra ascendían a un 50 por 100, el pauperismo descendería a cero. Pero, ¡ay! el 7 de abril de 1864, el canciller del Tesoro cautivaba a su auditorio parlamentario, anunciándole que el comercio de importación y exportación había ascendido en el año de 1863 «a 443.955.000 libras esterlinas, cantidad sorprendente, casi tres veces mayor que el comercio de la época, relativamente reciente, de 1843». Al mismo tiempo, hablaba elocuentemente de la «miseria». «Pensad —exclamaba— en los que viven al borde de la miseria, en los «salarios... que no han aumentado, en la vida humana... que de diez casos, en nueve no es otra cosa que una lucha por la existencia». No dijo nada del pueblo irlandés, que en el Norte de su país es remplazado gradualmente por las máquinas, y en el Sur, por los pastizales para ovejas. Y aunque las mismas ovejas disminuyen en este desgraciado país, lo hacen con menos rapidez que los hombres. Tampoco repitió lo que acababan de descubrir en un acceso súbito de terror los más altos representantes de los «diez mil de arriba». Cuando el pánico producido por los «estranguladores» adquirió grandes proporciones, la Cámara de los Lores ordenó que se hiciera una investigación y se publicara un informe sobre los penales y lugares de deportación. La verdad salió a relucir en el voluminoso Libro Azul de 1863, demostrándose con hechos y guarismos oficiales que los peores criminales condenados, los presidiarios de Inglaterra y Escocia, trabajaban muchos menos y estaban mejor alimentados que los trabajadores agrícolas de esos mismos países. Pero no es eso todo. Cuando a consecuencia de la guerra civil de Norteamérica, quedaron en la calle los obreros de los condados de Lancaster y de Chester, la misma Cámara de los Lores envió un médico a los distritos industriales, encargándole que averiguase la cantidad mínima de carbono y de nitrógeno, administrable bajo la forma más corriente y menos cara, que pudiese bastar por término medio *para prevenir las enfermedades ocasionadas por el hambre*. El doctor Smith, médico delegado, averiguó que 28.000 gramos de carbono y 1.330 gramos de nitrógeno semanales eran necesarios, por término medio, para conservar la vida de una persona adulta... en el nivel mínimo, bajo el cual comienzan las enfermedades provocadas por el hambre. Y descubrió también que esta cantidad no distaba mucho del escaso alimento a que la extremada miseria acababa de reducir a los trabajadores de las fábricas de tejidos de algodón. Pero escuchad aún: Algo después, el docto médico en cuestión fue comisionado nuevamente por el Consejero Médico del Consejo Privado, para hacer un informe sobre la alimentación de las clases trabajadoras más pobres. El *Sexto Informe sobre la Sanidad Pública*, dado a la luz en este mismo año por orden del parlamento, contiene el resultado de sus investigaciones. ¿Qué ha descubierto el doctor? Que los tejedores en seda, las costureras, los guanteros, los tejedores de medias, etc., no recibían, por lo general, ni la miserable comida de los trabajadores en paro forzoso de la fábrica de tejidos de algodón, ni siquiera la cantidad de carbono y nitrógeno «suficientes para prevenir las enfermedades ocasionadas por el hambre».

Además —citamos textualmente el informe— el examen del estado de las familias agrícolas ha demostrado que más de la quinta parte de ellas se hallan reducidas a una cantidad de alimentos carbonados inferior a la considerada suficiente, y más de la tercera parte a una cantidad menos que suficiente de alimentos nitrogenados; y que en tres condados (Berks, Oxford y Somerset), el régimen alimenticio se caracteriza, en general, por su insuficiente contenido en alimentos nitrogenados. No debe olvidarse —añade el dictamen oficial— que la privación de alimento no se soporta sino de muy mala gana, y que, por regla general, la falta de alimento suficiente no llega jamás sino después de muchas otras privaciones... La limpieza misma es considerada como una cosa cara y difícil, y cuando el sentimiento de la propia dignidad impone esfuerzos por mantenerla, cada esfuerzo de esta especie tiene que pagarse necesariamente con un aumento de las torturas del hambre. Estas reflexiones son tanto más dolorosas, cuanto que no se trata aquí de la miseria merecida por la pereza, sino en todos los casos de la miseria de una población trabajadora. En realidad, el trabajo por el que se obtiene tan escaso alimento es, en la mayoría de los casos, un trabajo excesivamente prolongado.

El dictamen descubre el siguiente hecho extraño, y hasta inesperado: «De todas las regiones del Reino Unido», es decir, Inglaterra, el País de Gales, Escocia e Irlanda, «la población agrícola de Inglaterra», precisamente la de la parte más opulenta, *es evidentemente la peor alimentada*; pero hasta los labradores de los condados de Berks, Oxford y Somerset están mejor alimentados que la mayor parte de los obreros calificados que trabajan a domicilio en el Este de Londres.

Tales son los datos oficiales publicados por orden del parlamento en 1864, en el siglo de oro del libre-cambio, en el momento mismo en que el canciller del Tesoro decía a la Cámara de los Comunes que *la condición de los obreros ingleses ha mejorado, por término medio, de una manera tan extraordinaria, que no conocemos ejemplo semejante en la historia de ningún país ni de ninguna edad.*

Estas exaltaciones oficiales contrastan con la fría observación del dictamen oficial de la Sanidad Pública: *La salud pública de un país significa la salud de sus masas, y es casi imposible que las masas estén sanas si no disfrutan, hasta lo más bajo de la escala social, por lo menos de un bienestar mínimo.*

Deslumbrado por los guarismos de las estadísticas, que bailan ante sus ojos demostrando el *progreso de la nación*, el canciller del Tesoro exclama con acento de verdadero éxtasis:

Desde 1842 hasta 1852, la renta imponible del país aumentó en un 6%; en ocho años, de 1853 a 1861, aumentó ien un veinte por ciento! Este es un hecho tan sorprendente, que casi es increíble... Tan embriagador aumento de riqueza y de poder —añade el señor Gladstone— se halla restringido exclusivamente a las clases poseedoras.

Si queréis saber en qué condiciones de salud perdida, de moral vilipendiada y de ruina intelectual ha sido producido y se está produciendo por las clases laboriosas ese «embriagador aumento de riqueza y de poder, restringido exclusivamente a las clases poseedoras», examinad la descripción que se hace en el último «Informe sobre la Sanidad Pública» referente a los talleres de sastres, impresores y modistas. Comparad el «Informe de la Comisión para examinar el trabajo de los niños», publicado en 1863 y donde se prueba, entre otras cosas, que «los alfareros, hombres y mujeres, constituyen un grupo de la población muy degenerado, tanto desde el punto de vista físico como desde el punto de vista intelectual»; que «los niños enfermos llegan a ser, a su vez, padres enfermos»; que «la degeneración progresiva de la raza es inevitable» y que «la degeneración de la población del condado de Stafford habría sido mucho mayor si no fuera por la continua inmigración procedente de las regiones vecinas y por los matrimonios mixtos con capas de la población más robustas».

¡Echad una ojeada en el Libro Azul al informe del señor Tremeneere, sobre las *Quejas de los oficiales panaderos!* Y quién no se ha estremecido al leer la paradójica declaración de los inspectores de fábrica, ilustrada por los datos demográficos oficiales, según la cual la salud pública de los obreros de Lancaster ha mejorado considerablemente, a pesar de hallarse reducidos a la ración de hambre, porque la falta de algodón los ha echado temporalmente de las fábricas; y que la mortalidad de los niños ha disminuido, porque al fin pueden las madres darles el pecho en vez del cordial de Godfrey.

Pero volvamos una vez más la medalla. Por el informe sobre el impuesto de las Rentas y Propiedades presentado a la Cámara de los Comunes el 20 de julio de 1864, vemos que del 5 de abril de 1862 al 5 de abril de 1863, 13 personas han engrosado las filas de aquellos cuyas rentas anuales están evaluadas por el cobrador de las contribuciones en 50.000 libras esterlinas y más, pues su número subió en ese año de 67 a 80. El mismo informe descubre el hecho curioso de que unas 3.000 personas se reparten entre sí una renta anual de 25.000.000 de libras esterlinas, es decir, más de la suma total de ingresos distribuida anualmente entre toda la población agrícola de Inglaterra y del País de Gales. Abrid el registro del censo de 1861 y hallaréis que el número de los propietarios territoriales de sexo masculino en Inglaterra y en el País de Gales se ha reducido de 16.934 en 1851, a 15.066 en 1861, es decir, la concentración de la propiedad territorial ha crecido en diez años en un 11 por ciento. Si en Inglaterra la concentración de la propiedad territorial sigue progresando al mismo ritmo, la cuestión territorial se habrá simplificado notablemente, como lo estaba en el Imperio Romano, cuando Nerón se sonrió al saber que la mitad de la provincia de Africa pertenecía a seis personas.

Hemos insistido tanto en estos «hechos, tan sorprendentes, que son casi increíbles», porque Inglaterra está a la cabeza de la Europa comercial e industrial. Acordaos de que hace pocos meses uno de los hijos refugiados de Luís Felipe felicitaba públicamente al trabajador agrícola inglés por la superioridad de su suerte sobre la menos próspera de sus camaradas de allende el Estrecho. Y en verdad, si tenemos en cuenta la diferencia de las circunstancias locales, vemos los hechos ingleses reproducirse, en escala algo menor, en todos los países industriales y progresivos del continente. Desde 1848 ha tenido lugar en estos países un desarrollo inaudito de la industria y una expansión ni siquiera soñada de las exportaciones y de las importaciones. En todos ellos «el aumento de la riqueza y el poder, restringido exclusivamente a las clases poseedoras» ha sido en realidad «embriagador». En todos ellos, lo mismo que en Inglaterra, una pequeña minoría de la clase trabajadora ha obtenido cierto aumento de su salario real; pero para la mayoría de los trabajadores, el aumento nominal de los salarios no representa un aumento real del bienestar, ni más ni menos que el aumento del coste del mantenimiento de los internados en el asilo para pobres o en el orfanato de Londres, desde 7 libras, 7 chelines y 4 peniques que costaba en 1852, a 9 libras, 15 chelines y 8 peniques en 1861, no les beneficia en nada a esos internados. Por todas partes, la gran masa de las clases laboriosas descendía cada vez más bajo, en la misma proporción, por lo menos, en que los que están por encima de ella subían más alto en la escala social. En todos los países de Europa -y esto ha llegado a ser actualmente una verdad incontestable para todo entendimiento no enturbiado por los prejuicios y negada tan sólo por aquellos cuyo interés consiste en adormecer a los demás con falsas esperanzas-, ni el perfeccionamiento de las máquinas, ni la aplicación de la ciencia a la producción, ni el mejoramiento de los medios de comunicación, ni las nuevas colonias, ni la emigración, ni la creación de nuevos mercados, ni el libre cambio, ni todas estas cosas juntas están en condiciones de suprimir la miseria de las clases laboriosas; al contrario, mientras exista la base falsa de hoy, cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo ahondará necesariamente los contrastes sociales y agudizará más cada día los antagonismos sociales. Durante esta embriagadora época de progreso económico, la muerte por inanición se ha elevado a la categoría de una institución en la capital del Imperio británico. Esta época está marcada en los anales del mundo por la repetición cada vez más frecuente,

por la extensión cada vez mayor y por los efectos cada vez más mortíferos de esa plaga de la sociedad que se llama crisis comercial e industrial.

Después del fracaso de las revoluciones de 1848, todas las organizaciones del partido y todos los periódicos de partido de las clases trabajadoras fueron destruidos en el continente por la fuerza bruta. Los más avanzados de entre los hijos del trabajo huyeron desesperados a la república de allende el océano, y los sueños efímeros de emancipación se desvanecieron ante una época de fiebre industrial, de marasmo moral y de reacción política. Debido en parte a la diplomacia del Gobierno inglés, que obraba con el gabinete de San Petersburgo, la derrota de la clase obrera continental esparció bien pronto sus contagiosos efectos a este lado del Estrecho. Mientras la derrota de sus hermanos del continente llevó el abatimiento a las filas de la clase obrera inglesa y quebrantó su fe en la propia causa, devolvió al señor de la tierra y al señor del dinero la confianza un tanto quebrantada. Estos retiraron insolentemente las concesiones que habían anunciado con tanto alarde. El descubrimiento de nuevos terrenos auríferos produjo una inmensa emigración y un vacío irreparable en las filas del proletariado de la Gran Bretaña. Otros, los más activos hasta entonces, fueron seducidos por el halago temporal de un trabajo más abundante y de salarios más elevados, y se convirtieron así en *esquiroles políticos*. Todos los intentos de mantener o reorganizar el movimiento cartista fracasaron completamente. Los órganos de prensa de la clase obrera fueron muriendo uno tras otro por la apatía de las masas, y, de hecho, jamás el obrero inglés había parecido aceptar tan enteramente un estado de nulidad política. Así pues, si no había habido solidaridad de acción entre la clase obrera británica y la del continente, había en todo caso solidaridad de derrota.

Sin embargo, este período transcurrido desde las revoluciones de 1848 ha tenido también sus compensaciones. No indicaremos aquí más que dos hechos importantes.

Después de una lucha de treinta años, sostenida con una tenacidad admirable, la clase obrera inglesa, aprovechándose de una disidencia momentánea entre los señores de la tierra y los señores del dinero, consiguió arrancar la ley de la jornada de diez horas. Las inmensas ventajas físicas, morales e intelectuales que esta ley proporcionó a los obreros fabriles, señaladas en las memorias semestrales de los inspectores del trabajo, son ahora reconocidas en todas partes. La mayoría de los gobiernos continentales tuvo que aceptar la ley inglesa del trabajo bajo una forma más o menos modificada; y el mismo parlamento inglés se ve obligado cada año a ampliar la esfera de acción de esta ley. Pero al lado de su significación práctica, había otros aspectos que realizaban el maravilloso triunfo de esta medida para los obreros. Por medio de sus sabios más conocidos, tales como el doctor Ure, profesor Senior y otros filósofos de esta calaña, la burguesía había predicho, y demostrado hasta la saciedad, que toda limitación legal de la jornada de trabajo sería doblar a muerto por la industria inglesa, que, semejante al vampiro, no podía vivir más que chupando sangre, y, además, sangre de niños. En tiempos antiguos, el asesinato de un niño era un rito misterioso de la religión de Moloc, pero se practicaba sólo en ocasiones solemnísimas, una vez al año quizá, y, por otra parte, Moloc no tenía inclinación exclusiva por los hijos de los pobres. Esta lucha por la limitación legal de la jornada de trabajo se hizo aún más furiosa, porque —dejando a un lado la avaricia alarmada— de lo que se trataba era de decidir la gran disputa entre la dominación ciega ejercida por las leyes de la oferta y la demanda, contenido de la Economía política burguesa, y la producción social controlada por la previsión social, contenido de la Economía política de la clase obrera. Por eso, la ley de la jornada de diez horas no fue tan sólo un gran triunfo práctico, fue también el triunfo de un principio; por primera vez la Economía política de la burguesía había sido derrotada en pleno día por la Economía política de la clase obrera.

Pero estaba reservado a la Economía política del trabajo el alcanzar un triunfo más completo todavía sobre la Economía política de la propiedad. Nos referimos al movimiento cooperativo, y, sobre todo,

a las fábricas cooperativas creadas, sin apoyo alguno, por la iniciativa de algunas *manos* audaces. Es imposible exagerar la importancia de estos grandes experimentos sociales que han mostrado con hechos, no con simples argumentos, que la producción en gran escala y al nivel de las exigencias de la ciencia moderna, puede prescindir de la clase de los patronos, que utiliza el trabajo de la clase de las «manos»; han mostrado también que no es necesario a la producción que los instrumentos de trabajo estén monopolizados como instrumentos de dominación y de explotación contra el trabajador mismo; y han mostrado, por fin, que lo mismo que el trabajo esclavo, lo mismo que el trabajo siervo, el trabajo asalariado no es sino una forma transitoria inferior, destinada a desaparecer ante el trabajo asociado que cumple su tarea con gusto, entusiasmo y alegría. Robert Owen fue quien sembró en Inglaterra las semillas del sistema cooperativo; los experimentos realizados por los obreros en el continente no fueron de hecho más que las consecuencias prácticas de las teorías, no descubiertas, sino proclamadas en voz alta en 1848.

Al mismo tiempo, la experiencia del período comprendido entre 1848 y 1864 ha probado hasta la evidencia que, por excelente que sea en principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias. Este es, quizá, el verdadero motivo que ha decidido a algunos aristócratas bien intencionados, a filantrópicos charlatanes burgueses y hasta a economistas agudos, a colmar de repente de elogios nauseabundos al sistema cooperativo, que en vano habían tratado de sofocar en germen, ridiculizándolo como una utopía de soñadores o estigmatizándolo como un sacrilegio socialista. Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y, por consecuencia, ser fomentada por medios nacionales. Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Muy lejos de contribuir a la emancipación del trabajo, continuarán oponiéndole todos los obstáculos posibles. Recuérdense las burlas con las que lord Palmerston trató de silenciar en la última sesión del parlamento a los defensores del proyecto de ley sobre los derechos de los colonos irlandeses. *¡La Cámara de los Comunes —exclamó— es una Cámara de propietarios territoriales!*

La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera. Así parece haberlo comprendido ésta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia, se han visto renacer simultáneamente estas aspiraciones y se han hecho esfuerzos simultáneos para reorganizar políticamente el partido de los trabajadores.

La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarles a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados. Guiados por este pensamiento, los trabajadores de los diferentes países, reunidos en una reunión pública en Saint Martin's Hall el 28 de septiembre de 1864, han resuelto fundar la Asociación Internacional.

Otra convicción ha inspirado también esta reunión.

Si la emancipación de la clase obrera exige su fraternal unión y colaboración, ¿cómo van a poder cumplir esta gran misión con una política exterior que persigue designios criminales, que pone en juego prejuicios nacionales y dilapida en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo? No ha sido la prudencia de las clases dominantes, sino la heroica resistencia de la clase obrera de Inglaterra a la criminal locura de aquéllas, la que ha evitado a la Europa Occidental el verse precipitada a una infame cruzada para perpetuar y propagar la esclavitud allende el océano Atlántico. La aprobación

impúdica, la falsa simpatía o la indiferencia idiota con que las clases superiores de Europa han visto a Rusia apoderarse del baluarte montañoso del Cáucaso y asesinar a la heroica Polonia; las inmensas usurpaciones realizadas sin obstáculo por esa potencia bárbara, cuya cabeza está en San Petersburgo y cuya mano se encuentra en todos los gabinetes de Europa, han enseñado a los trabajadores el deber de iniciarse en los misterios de la política internacional, de vigilar la actividad diplomática de sus gobiernos respectivos, de combatirla, en caso necesario, por todos los medios de que dispongan; y cuando no se pueda impedir, unirse para lanzar una protesta común y reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones.

La lucha por una política exterior de este género forma parte de la lucha general por la emancipación de la clase obrera. ♦

Septiembre 1864

PRIMER MANIFIESTO DEL CONSEJO GENERAL DE LA AIT SOBRE LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

En el Manifiesto Inaugural de la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, fechado en noviembre de 1864, decíamos: «Si la emancipación de la clase obrera exige su fraternal unión y colaboración, ¿cómo van a poder cumplir esta gran misión, con una política exterior que persigue designios criminales, que enfrenta los prejuicios nacionales y dilapida en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo?» Y definíamos la política exterior a que aspira la Internacional con estas palabras: *Reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones.*

No puede asombrarnos que Luis Bonaparte, que usurpó su poder explotando la lucha de clases en Francia y lo perpetuó mediante guerras periódicas en el exterior, tratase desde el primer momento a la Internacional como a un enemigo peligroso. En vísperas del plebiscito, ordenó que se diese una batida contra los miembros de los Comités administrativos de la Asociación Internacional de los Trabajadores de un extremo a otro de Francia: en París, en Lyon, en Rouan, en Marsella, en Brest, etcétera, con el pretexto de que la Internacional era una sociedad secreta y de que estaba complicada en un complot para asesinarle. Lo absurdo de este pretexto fue puesto de manifiesto poco después, en toda su plenitud, por sus propios jueces. ¿Qué delito habían cometido, en realidad, las secciones francesas de la Internacional? El de decir al pueblo francés, pública y enérgicamente, que votar por el plebiscito era votar por el despotismo en el interior y por la guerra en el exterior. Y fue obra suya, en realidad, que en todas las grandes ciudades, en todos los centros industriales de Francia, la clase obrera se levantase como un solo hombre para rechazar el plebiscito. Desgraciadamente, la profunda ignorancia de los distritos rurales hizo inclinarse del lado contrario el platillo de la balanza. Las Bolsas, los gobiernos, las clases dominantes y la prensa de toda Europa celebraron el plebiscito como un triunfo memorable del emperador francés sobre la clase obrera de Francia; en realidad, fue la señal para el asesinato, no ya de un individuo, sino de naciones enteras.

El complot guerrero de julio de 1870 no es más que una edición corregida y aumentada del golpe de Estado de diciembre de 1851. A primera vista, la cosa parecía tan absurda que Francia no quería creer que aquello fuese realmente en serio. Se inclinaba más bien a dar oídos al diputado que denunciaba los discursos belicosos de los ministros como una simple maniobra bursátil. Cuando, por fin, el 15 de julio, la guerra fue oficialmente comunicada al Cuerpo legislativo, toda la oposición se negó a votar los créditos preliminares; hasta el propio Thiers estigmatizó la guerra como «detestable»; todos los periódicos independientes de París la condenaron y, cosa extraña, la prensa de provincias se unió a ellos casi unánimemente. Mientras tanto, los miembros parisinos de la Internacional habían puesto de nuevo manos a la obra. En *Réveil* del 12 de julio publicaron su manifiesto «a los obreros de todas las naciones», del que tomamos las líneas siguientes:

Una vez más —decían—, bajo el pretexto del equilibrio europeo y del honor nacional, la paz del mundo se ve amenazada por las ambiciones políticas. ¡Obreros de Francia, de Alemania, de España! ¡Unamos nuestras voces en un grito unánime de reprobación contra la guerra! ¡Guerrear por una cuestión de preponderancia o por una dinastía tiene que ser forzosamente

considerado por los obreros como un absurdo criminal! ¡Contestando a las proclamas guerreras de quienes se eximen a sí mismos de la contribución de sangre y hallan en las desventuras públicas una fuente de nuevas especulaciones, nosotros, los que queremos paz, trabajo y libertad, alzamos nuestra voz de protesta!... ¡Hermanos de Alemania! ¡Nuestras disensiones no harían más que asegurar el triunfo completo del despotismo en ambas orillas del Rin!... ¡Obreros de todos los países! Cualquiera que sea por el momento el resultado de nuestros esfuerzos comunes, nosotros, miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que no conoce fronteras, os enviamos, como prenda de una solidaridad indestructible, los buenos deseos y los saludos de los trabajadores de Francia.

Este manifiesto de nuestras secciones parisinas fue seguido por numerosos llamamientos parecidos de otras partes de Francia, entre las cuales sólo podremos citar aquí la declaración de Neully-sur-Seine, publicada en la *Marseillaise* del 22 de julio:

¿Es justa esta guerra? ¡No! ¿Es nacional esta guerra? ¡No! Es una guerra puramente dinástica. En nombre de la justicia, de la democracia, de los verdaderos intereses de Francia, nos adherimos por entero y con toda energía a la protesta de la Internacional contra la guerra.

Estas protestas expresaban, como pronto había de probarlo un curioso incidente, los verdaderos sentimientos de los obreros franceses. Como se lanzara a la calle *la banda del 10 de diciembre* —organizada primeramente bajo el mandato presidencial de Luís Bonaparte—, disfrazada con blusas de obreros, para representar las contorsiones de la fiebre bélica, los obreros auténticos de los suburbios se echaron también a la calle en manifestaciones públicas de paz, tan arrolladoras, que Pietri, el prefecto de policía, creyó prudente poner término inmediatamente a toda política callejera, alegando que el leal pueblo de París había manifestado ya suficientemente su patriotismo retenido durante tanto tiempo y su exuberante entusiasmo por la guerra.

Cualquiera que sea el desarrollo de la guerra de Luis Bonaparte con Prusia, en París ya han doblado las campanas por el Segundo Imperio. Acabará como empezó, con una parodia. Pero no olvidemos que fueron los gobiernos y las clases dominantes de Europa quienes permitieron a Luis Bonaparte representar durante diez y ocho años la cruel farsa del *Imperio restaurado*.

Por parte de Alemania, la guerra es defensiva, pero, ¿quién colocó a Alemania en el trance de tener que defenderse? ¿Quién permitió a Luis Bonaparte guerrear contra ella? *¡Prusia!* Fue Bismarck quien conspiró con el mismísimo Luis Bonaparte, con el propósito de aplastar la oposición popular dentro de su país y anexionar Alemania a la dinastía de los Hohenzollern. Si la batalla de Sadowa se hubiese perdido en vez de ganarse, los batallones franceses habrían invadido Alemania como aliados de Prusia. Después de su triunfo, ¿pensó Prusia un solo momento en oponer una Alemania libre a la Francia esclavizada? Todo lo contrario. Sin dejar de conservar melosamente todos los encantos nativos de su antiguo sistema, les añadía todas las mañas del Segundo Imperio, su despotismo efectivo y su democratismo fingido, sus supercherías políticas y sus trapicheos financieros, sus frases grandilocuentes y sus artes vulgares de ratero. Al régimen bonapartista, que hasta ahora sólo había florecido en una orilla del Rin, le salió un émulo al otro lado. Así las cosas, ¿qué podía salir de aquí más que *la guerra?*

Si la clase obrera alemana permite que la guerra actual pierda su carácter estrictamente defensivo y degenera en una guerra contra el pueblo francés, el triunfo o la derrota serán igualmente desastrosos. Todas las miserias que cayeron sobre Alemania después de su guerra llamada de liberación, renacerán con redoblada intensidad.

Pero los principios de la Internacional se hallan demasiado difundidos y demasiado firmemente arraigados entre la clase obrera alemana para que temamos tan lamentable desenlace. Las voces de los obreros franceses han encontrado eco en Alemania. Una asamblea obrera de masas celebrada en Brunswick el 16 de julio expresó su absoluta solidaridad con el manifiesto de París, rechazó con desprecio toda idea de antagonismo nacional respecto a Francia y cerró sus resoluciones con estas palabras:

Somos enemigos de todas las guerras, pero sobre todo de las guerras dinásticas... Con profunda pena y gran dolor, nos vemos obligados a soportar una guerra defensiva como un mal inevitable; pero, al mismo tiempo, apelamos a toda la clase obrera alemana para que haga imposible la repetición de una desgracia social tan inmensa, reivindicando para los pueblos mismos la potestad de decidir sobre la paz y la guerra y haciéndoles dueños de sus propios destinos.

En Chomnitz, una asamblea de delegados, que representaban 50.000 obreros de Sajonia, adoptó por unanimidad la siguiente resolución:

En nombre de la democracia alemana y especialmente de los obreros que forman el Partido Socialdemócrata, declaramos que la guerra actual es una guerra exclusivamente dinástica... Nos congratulamos con estrechar la mano fraternal que nos tienden los obreros de Francia... Fieles a la consigna de la Asociación Internacional de los Trabajadores: ¡Proletarios de todos los países, uníos!, jamás olvidaremos que los obreros de todos los países son nuestros amigos, y los déspotas de todos los países, nuestros enemigos.

La sección berlinesa de la Internacional contestó también al manifiesto de París:

Nos adherimos en cuerpo y alma a vuestra protesta... Solemnemente prometemos que ni el toque del clarín ni el retumbar del cañón, ni la victoria ni la derrota, nos desviarán de nuestra causa común, que es trabajar por la unión de los obreros de todos los países.

¡Así sea! Al fondo de esta lucha suicida se alza la figura siniestra de Rusia. Es un mal presagio que la señal para el desencadenamiento de esta guerra se haya dado cuando el Gobierno ruso acababa de terminar sus líneas estratégicas de ferrocarril y estaba ya concentrando tropas en la dirección del Prut. Por muchas que sean las simpatías que los alemanes puedan justamente reclamar en una guerra defensiva contra la agresión bonapartista, las perderán de golpe si permiten que el Gobierno prusiano pida o acepte la ayuda de los cosacos. Recuerden que, después de su guerra de independencia contra el Napoleón I, Alemania yació durante varias generaciones postrada a los pies del zar.

La clase obrera inglesa tiende su mano fraternal a los obreros de Francia y de Alemania. Está firmemente convencida de que, cualquiera que sea el giro que tome la horrenda guerra inminente, la alianza de los obreros de todos los países acabará por liquidar las guerras. El simple hecho de que, mientras la Francia y la Alemania oficiales se lanzan a una lucha fratricida, entre los obreros de estos países se cruzan mensajes de paz y de amistad; ya tan sólo este hecho grandioso, sin precedentes en la historia, abre la perspectiva de un porvenir más luminoso. Demuestra que, frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio de política internacional será *la paz*, porque el gobernante nacional será el mismo en todos los países: *el trabajo*.

La precursora de esta sociedad nueva es la Asociación Internacional de los Trabajadores. ♦

Londres, julio de 1870

MANIFIESTO DEL CONSEJO GENERAL DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES SOBRE LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA EN 1871

(...)

III

Al alborear el 18 de marzo de 1871, París se despertó entre un clamor de gritos de *Vive la Commune!* ¿Qué es la Comuna, esa esfinge que tanto atormenta los espíritus burgueses?

«Los proletarios de París —decía el Comité Central en su manifiesto del 18 de marzo- en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el poder». Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines.

El poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura —órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo—, procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como un arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo. Sin embargo, su desarrollo se veía entorpecido por toda la basura medieval: derechos señoriales, privilegios locales, monopolios municipales y gremiales, códigos provinciales. La escoba gigantesca de la revolución francesa del siglo XVIII barrió todas estas reliquias de tiempos pasados, limpiando así, al mismo tiempo, el suelo de la sociedad de los últimos obstáculos que se alzaban ante la superestructura del edificio del Estado moderno, erigido en tiempos del Primer Imperio, que, a su vez era el fruto de las guerras de coalición de la vieja Europa semifeudal contra la Francia moderna. Durante los regímenes siguientes, el Gobierno, colocado bajo el control del parlamento —es decir, bajo el control directo de las clases poseedoras—, no sólo se convirtió en un vivero de enormes deudas nacionales y de impuestos agobiantes, sino que, con la seducción irresistible de sus cargos, momios y empleos, acabó siendo la manzana de la discordia entre las fracciones rivales y los aventureros de las clases dominantes; por otra parte, su carácter político cambiaba simultáneamente con los cambios económicos operados en la sociedad. Al paso que los progresos de la moderna industria desarrollaban, ensanchaban y profundizaban el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, el poder del Estado fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase. Después de cada revolución, que marca un paso adelante en la lucha de clases se acusa con rasgos cada vez más destacados el carácter puramente represivo del poder del Estado. La revolución de 1830, al traducirse en el paso del gobierno de manos de los terratenientes a manos de los capitalistas, lo que hizo fue transferirlo de los enemigos más remotos a los enemigos más directos de la clase obrera.

Los republicanos burgueses, que se adueñaron del poder del Estado en nombre de la revolución de febrero, lo usaron para provocar las matanzas de junio, para probar a la clase obrera de que la

república «social» era la república que aseguraba su sumisión social y para convencer a la masa monárquica de los burgueses y terratenientes de que podían dejar sin peligro los cuidados y los gajes del gobierno a los «republicanos» burgueses. Sin embargo, después de su única heroica hazaña de junio, no les quedó a los republicanos burgueses otra cosa que pasar de la cabeza a la cola del partido del orden, coalición formada por todas las fracciones y facciones rivales de la clase apropiadora, en su antagonismo, ahora franco y manifiesto, contra las clases productoras. La forma más adecuada para este gobierno por acciones era *la república parlamentaria*, con Luis Bonaparte por presidente. Fue éste un régimen de franco terrorismo de clase y de insulto deliberado contra la «vile multitude». Si la república parlamentaria, como decía el señor Thiers, era «la que menos les dividía» (a las diversas fracciones de la clase dominante), en cambio abría un abismo entre esta clase y el conjunto de la sociedad situado fuera de sus escasas filas. Su unión venía a eliminar las restricciones que sus discordias imponían al poder del Estado bajo regímenes anteriores y, ante la amenaza de un alzamiento del proletariado, se sirvieron del poder del Estado, sin piedad y con ostentación, como de una máquina nacional de guerra del capital contra el trabajo. Pero esta cruzada ininterrumpida contra las masas productoras les obligaba, no sólo a revestir al poder ejecutivo de facultades de represión cada vez mayores, sino, al mismo tiempo, a despojar a su propio baluarte parlamentario — la Asamblea Nacional—, uno por uno, de todos sus medios de defensa contra el poder ejecutivo. Hasta que éste, en la persona de Luís Bonaparte, les dio un puntapié. El fruto natural de la república del partido del orden fue el Segundo Imperio.

El Imperio, con el golpe de Estado por fe de bautismo, el sufragio universal por sanción y la espada por cetro, declaraba apoyarse en los campesinos, amplia masa de productores no envuelta directamente en la lucha entre el capital y el trabajo. Decía que salvaba a la clase obrera destruyendo el parlamentarismo y, con él, la descarada sumisión del Gobierno a las clases poseedoras. Decía que salvaba a las clases poseedoras manteniendo en pie su supremacía económica sobre la clase obrera; y, finalmente, pretendía unir a todas las clases, al resucitar para todos la quimera de la gloria nacional. En realidad, era la única forma de gobierno posible, en un momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar la nación y la clase obrera no la había adquirido aún. El Imperio fue aclamado de un extremo a otro del mundo como el salvador de la sociedad. Bajo su égida, la sociedad burguesa, libre de todas preocupaciones políticas, alcanzó un desarrollo que ni ella misma esperaba. Su industria y su comercio cobraron proporciones gigantescas; la especulación financiera celebró orgías cosmopolitas; la miseria de las masas se destacaba sobre la ostentación desvergonzada de un lujo suntuoso, falso y envilecido. El poder del Estado, que aparentemente flotaba por encima de la sociedad, era, en realidad, el mayor escándalo de ella y el auténtico vivero de todas sus corrupciones. Su podredumbre y la podredumbre de la sociedad a la que había sacado a flote, fueron puestas al desnudo por la bayoneta de Prusia, que ardía, a su vez, en deseos de trasladar la sede suprema de este régimen de París a Berlín. El imperialismo es la forma más prostituida y al mismo tiempo la forma última de aquel poder estatal que la sociedad burguesa naciente había comenzado a crear como medio para emanciparse del feudalismo y que la sociedad burguesa adulta acabó transformando en un medio para la esclavización del trabajo por el capital.

La antítesis directa del Imperio era la Comuna. El grito de *república social*, con que la revolución de febrero fue anunciada por el proletariado de París, no expresaba más que el vago anhelo de una república que no acabase sólo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta república. París, sede central del viejo poder gubernamental y, al mismo tiempo, baluarte social de la clase obrera de Francia, se había levantado en armas contra el intento de Thiers y los «rurales» de restaurar y perpetuar aquel viejo poder que les había sido legado por el Imperio. Y si París pudo resistir fue únicamente porque, a consecuencia del asedio, se había deshecho del ejército, sustituyéndolo por una Guardia Nacional,

cuyo principal contingente lo formaban los obreros. Ahora se trataba de convertir este hecho en una institución duradera. Por eso, el primer decreto de la Comuna fue para suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado.

La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo. En vez de continuar siendo un instrumento del Gobierno central, la policía fue despojada inmediatamente de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. Lo mismo se hizo con los funcionarios de las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los que desempeñaban cargos públicos debían desempeñarlos con *salarios de obreros*. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con los altos dignatarios mismos. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad privada de los testaferros del Gobierno central. En manos de la Comuna se pusieron no solamente la administración municipal, sino toda la iniciativa llevada hasta entonces por el Estado.

Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, que eran los elementos del poder material del antiguo Gobierno, la Comuna tomó medidas inmediatamente para destruir la fuerza espiritual de represión, el *poder de los curas*, decretando la separación de la Iglesia del Estado y la expropiación de todas las iglesias como corporaciones poseedoras. Los curas fueron devueltos al retiro de la vida privada, a vivir de las limosnas de los fieles, como sus antecesores, los apóstoles. Todas las instituciones de enseñanza fueron abiertas gratuitamente al pueblo y al mismo tiempo emancipadas de toda intromisión de la Iglesia y del Estado. Así, no sólo se ponía la enseñanza al alcance de todos, sino que la propia ciencia se redimía de las trabas a que la tenían sujeta los prejuicios de clase y el poder del Gobierno.

Los funcionarios judiciales debían perder aquella fingida independencia que sólo había servido para disfrazar su abyecta sumisión a los sucesivos gobiernos, ante los cuales iban prestando y violando sucesivamente, el juramento de fidelidad. Igual que los demás funcionarios públicos, los magistrados y los jueces habían de ser funcionarios electivos, responsables y revocables.

Como es lógico, la Comuna de París había de servir de modelo a todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido en París y en los centros secundarios el régimen de la Comuna, el antiguo Gobierno centralizado tendría que dejar paso también en provincias al Gobierno de los productores por los productores. En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país y que en los distritos rurales el ejército permanente habría de ser remplazado por una milicia popular, con un plazo de servicio extraordinariamente corto. Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el mandato imperativo (instrucciones) de sus electores. Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían para un Gobierno central no se suprimirían, como se había dicho, falseando de intento la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales y, por tanto, estrictamente responsables.

No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo

cuerpo no era más que una excrescencia parasitaria. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas habían de ser arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirla a los servidores responsables de esta sociedad. En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios. Y es bien sabido que lo mismo las compañías que los particulares, cuando se trata de negocios saben generalmente colocar a cada hombre en el puesto que le corresponde y, si alguna vez se equivocan, reparan su error con presteza. Por otra parte, nada podía ser más ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica.

Generalmente, las creaciones históricas completamente nuevas están destinadas a que se las tome por una reproducción de formas viejas e incluso difuntas de la vida social, con las cuales pueden presentar cierta semejanza. Así, esta nueva Comuna, que viene a destruir el poder estatal moderno, se ha confundido con una reproducción de las comunas medievales, que primero precedieron a ese mismo Estado y luego le sirvieron de base. El régimen de la Comuna se ha tomado erróneamente por un intento de fraccionar en una federación de pequeños Estados, como la soñaban Montesquieu y los girondinos, esa unidad de las grandes naciones que, si bien en sus orígenes fue instaurada por la violencia, hoy se ha convertido en un factor poderoso de la producción social.

El antagonismo entre la Comuna y el poder del Estado se ha presentado equivocadamente como una forma exagerada de la vieja lucha contra el excesivo centralismo. Circunstancias históricas peculiares pueden en otros países haber impedido el desarrollo clásico de la forma burguesa de gobierno al modo francés y haber permitido, como en Inglaterra, completar en la ciudad los grandes órganos centrales del Estado con asambleas parroquiales (*vestries*) corrompidas, concejales concusionarios y feroces administradores de la beneficencia, y, en el campo, con jueces virtualmente hereditarios. El régimen de la Comuna habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia. La burguesía de las ciudades de provincia de Francia veía en la Comuna un intento para restaurar el predominio que ella había ejercido sobre el campo bajo Luís Felipe y que, bajo Luís Napoleón, había sido suplantado por el supuesto predominio del campo sobre la ciudad.

En realidad, el régimen de la Comuna colocaba a los productores del campo bajo la dirección espiritual de las capitales de sus distritos, ofreciéndoles aquí, en los obreros de la ciudad, los representantes naturales de sus intereses. La sola existencia de la Comuna implicaba, como algo evidente, un régimen de autonomía local, pero ya no como contrapeso a un poder estatal que ahora era superfluo. Sólo en la cabeza de un Bismarck, que, cuando no está metido en sus intrigas de sangre y hierro, gusta de volver a su antigua ocupación, que tan bien cuadra a su calibre mental, de colaborador del *Kladderadatsch* [revista satírica de Berlín] (el *Punch* [revista satírica de Londres] de Berlín), sólo en una cabeza como ésa podía haber cabido la aspiración de reproducir aquella caricatura de la organización municipal francesa de 1791 que es la organización municipal de Prusia, donde la administración de las ciudades queda rebajada al papel de simple engranaje secundario de la maquinaria policíaca del Estado prusiano. La Comuna convirtió en una realidad ese tópico de todas las revoluciones burguesas, que es *un gobierno barato*, al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado. Su sola existencia suponía la no existencia de la monarquía que, en Europa al menos es el lastre normal y el disfraz indispensable de la dominación de clase. La Comuna dotó a la república de una base de instituciones realmente democráticas. Pero ni el gobierno barato, ni la *verdadera república* constituían su meta final; no

eran más que fenómenos concomitantes. La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que han encontrado en ella su expresión, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un Gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.

Sin esta última condición, el régimen de la Comuna habría sido una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase. Emancipado el trabajo, todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser un atributo de una clase.

Es un hecho extraño. A pesar de todo lo que se ha hablado y se ha escrito con tanta profusión, durante los últimos sesenta años, acerca de la emancipación del trabajo, apenas en algún sitio los obreros toman resueltamente la cosa en sus manos, vuelve a resonar de pronto toda la fraseología apologética de los portavoces de la sociedad actual, con sus dos polos de capital y esclavitud asalariada (hoy, el propietario de tierras no es más que el socio comanditario del capitalista), como si la sociedad capitalista se hallase todavía en su estado más puro de inocencia virginal, con sus antagonismos todavía en germen, con sus engaños todavía encubiertos, con sus prostituidas realidades todavía sin desnudar. ¡La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí, caballeros, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, trasformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el «irrealizable» comunismo! Sin embargo, los individuos de las clases dominantes que son lo bastante inteligentes para darse cuenta de la imposibilidad de que el actual sistema continúe -y no son pocos- se han erigido en los apóstoles molestos y chillones de la producción cooperativa. Ahora bien, si la producción cooperativa ha de ser algo más que una impostura y un engaño; si ha de sustituir el sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, más que comunismo, comunismo *realizable*?

La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantarla *par décret du peuple*. Saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán completamente las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno. Plenamente consciente de su misión histórica y heroicamente resuelta a obrar con arreglo a ella, la clase obrera puede mofarse de las burdas inectivas de los lacayos de la pluma y de la protección pedantesca de los doctrinarios burgueses bien intencionados, que vierten sus ignorantes vulgaridades y sus fantasías sectarias con un tono sibilino de infalibilidad científica.

Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por

primera vez en la historia, los simples obreros se atrevieron a violar el monopolio de gobierno de sus «superiores naturales», y, en circunstancias de una dificultad sin precedente, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz, con sueldos el más alto de los cuales apenas representaba una quinta parte de la suma que según una alta autoridad científica es el sueldo mínimo del secretario de un consejo escolar de Londres, el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Hotel de Ville.

Y, sin embargo, era ésta la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social incluso por la gran masa de la clase media parisina — tenderos, artesanos, comerciantes—, con la sola excepción de los capitalistas ricos. La Comuna los salvó, mediante una sagaz solución de la constante fuente de discordias dentro de la misma clase media: el conflicto entre acreedores y deudores. Estos mismos elementos de la clase media, después de haber colaborado en el aplastamiento de la insurrección obrera de junio de 1848, habían sido sacrificados sin miramiento a sus acreedores por la Asamblea Constituyente de entonces. Pero no fue éste el único motivo que les llevó a apretar sus filas en torno a la clase obrera. Sentían que había que escoger entre la Comuna y el Imperio, cualquiera que fuese el rótulo bajo el que éste resucitase. El Imperio los había arruinado económicamente con su dilapidación de la riqueza pública, con las grandes estafas financieras que fomentó y con el apoyo prestado a la centralización artificialmente acelerada del capital, que suponía la expropiación de muchos de sus componentes. Los había suprimido políticamente, y los había irritado moralmente con sus orgías; había herido su volterianismo al confiar la educación de sus hijos a los *frères ignorantins*, [frailes ignorantes] y había sublevado su sentimiento nacional de franceses al lanzarlos precipitadamente a una guerra que sólo ofreció una compensación para todos los desastres que había causado: la caída del Imperio.

En efecto, tan pronto huyó de París la alta «bohemia» bonapartista y capitalista, el auténtico partido del orden de la clase media, que surgió bajo la forma de Unión Republicana, se colocó bajo la bandera de la Comuna y se puso a defenderla contra las desfiguraciones malévolas de Thiers. El tiempo dirá si la gratitud de esta gran masa de la clase media va a resistir las duras pruebas de estos momentos.

La Comuna tenía toda la razón, cuando decía a los campesinos: «Nuestro triunfo es vuestra única esperanza». De todas las mentiras incubadas en Versalles y difundidas por los ilustres mercenarios de la prensa europea, una de las más tremendas era la de que los «rurales» representaban al campesinado francés. ¡Figuraos el amor que sentirían los campesinos de Francia por los hombres a quienes después de 1815 se les obligó a pagar los mil millones de indemnización! A los ojos del campesino francés, la sola existencia de grandes propietarios de tierras es ya una usurpación de sus conquistas de 1789. En 1848 la burguesía gravó su parcela de tierra con el impuesto adicional de 45 céntimos por franco, pero entonces lo hizo en nombre de la revolución, en cambio, ahora, fomentaba una guerra civil en contra de la revolución, para echar sobre las espaldas de los campesinos la carga principal de los cinco mil millones de indemnización que había que pagar a los prusianos.

En cambio, la Comuna declaraba en una de sus primeras proclamas que los costes de la guerra habían de ser pagadas por los verdaderos causantes de ella. La Comuna habría redimido al campesino de la contribución de sangre, le habría dado un Gobierno barato, habría convertido a los que hoy son sus vampiros —el notario, el abogado, el agente ejecutivo y otros dignatarios judiciales que le chupan la sangre— en empleados comunales asalariados, elegidos por él y responsables ante él mismo. Le habría librado de la tiranía del guarda jurado, del gendarme y del prefecto; la ilustración por el maestro de escuela hubiera ocupado el lugar del embrutecimiento por el cura. Y el campesino francés es ante todo y sobre todo, un hombre calculador. Le habría parecido extremadamente razonable que la paga del cura, en vez de serle arrancada a él por el recaudador de contribuciones, de-

pendiese exclusivamente de los sentimientos religiosos de los feligreses. Tales eran los grandes beneficios que el régimen de la Comuna —y sólo él— brindaba como cosa inmediata a los campesinos franceses. Huelga, por tanto, detenerse a examinar los problemas más complicados, pero vitales, que sólo la Comuna era capaz de resolver —y que al mismo tiempo estaba obligada a resolver—, en favor de los campesinos, a saber: la deuda hipotecaria, que pesaba como una maldición sobre su parcela; el proletariado del campo, que crecía constantemente, y el proceso de su expropiación de la parcela que cultivaba, proceso cada vez más acelerado en virtud del desarrollo de la agricultura moderna y la competencia de la producción agrícola capitalista.

El campesino francés eligió a Luis Bonaparte presidente de la república, pero fue el partido del orden el que creó el Segundo Imperio. Lo que el campesino francés quería realmente, comenzó a demostrarlo él mismo en 1849 y 1850, al oponer su alcalde al prefecto del Gobierno, su maestro de escuela al cura del Gobierno y su propia persona al gendarme del Gobierno. Todas las leyes promulgadas por el partido del orden en enero y febrero de 1850 fueron medidas descaradas de represión contra el campesino. El campesino era bonapartista porque la gran revolución, con todos los beneficios que le había conquistado, se personificaba para él en Napoleón. Pero esta quimera, que se iba esfumando rápidamente bajo el Segundo Imperio (y que era, por naturaleza, contraria a los «rurales»), este prejuicio del pasado, ¿cómo hubiera podido hacer frente a la apelación de la Comuna a los intereses vitales y las necesidades más apremiantes de los campesinos?

Los «rurales» —tal era, en realidad, su principal preocupación— sabían que tres meses de libre contacto del París de la Comuna con las provincias bastarían para desencadenar una sublevación general de campesinos; de aquí su prisa por establecer el bloqueo policial de París para impedir que la epidemia se propagase.

La Comuna era, pues, la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa, y, por consiguiente, el auténtico Gobierno nacional. Pero, al mismo tiempo, como Gobierno obrero y como campeón intrépido de la emancipación del trabajo, era un Gobierno internacional en el pleno sentido de la palabra. Ante los ojos del ejército prusiano, que había anexionado a Alemania dos provincias francesas, la Comuna anexionó a Francia los obreros del mundo entero. El Segundo Imperio había sido el jubileo de la estafa cosmopolita; los estafadores de todos los países habían acudido corriendo a su llamada para participar en sus orgías y en el saqueo del pueblo francés. Y todavía hoy la mano derecha de Thiers es Ganesco, el granuja valaco, y su mano izquierda Markovaki, el espía ruso.

La Comuna concedió a todos los extranjeros el honor de morir por una causa inmortal. Entre la guerra exterior, perdida por su traición, y la guerra civil, fomentada por su conspiración con el invasor extranjero, la burguesía encontraba tiempo para dar pruebas de patriotismo, organizando batidas policiales contra los alemanes residentes en Francia. La Comuna nombró a un obrero alemán su ministro del Trabajo. Thiers, la burguesía, el Segundo Imperio, habían engañado constantemente a Polonia con ostentosas manifestaciones de simpatía, mientras, en realidad, la traicionaban a los intereses de Rusia, a la que prestaban los más sucios servicios. La Comuna honró a los heroicos hijos de Polonia, colocándolos a la cabeza de los defensores de París. Y, para marcar nítidamente la nueva era histórica que conscientemente inauguraba, la Comuna, ante los ojos de los vencedores prusianos de una parte, y del ejército bonapartista mandado por generales bonapartistas de otra, echó abajo aquel símbolo gigantesco de la gloria marcial que era la Columna de Vendôme.

La gran medida social de la Comuna fue su propia existencia, su labor. Sus medidas concretas no podían menos que expresar la línea de conducta de un gobierno del pueblo por el pueblo. Entre ellas se cuentan la abolición del trabajo nocturno para los obreros panaderos y la prohibición, bajo penas, de la práctica corriente entre los patronos de mermar los salarios imponiendo a sus obreros multas

bajo los más diversos pretextos, proceso éste en el que el patrono se adjudica las funciones de legislador, juez y agente ejecutivo, y, además, se embolsa el dinero. Otra medida de este género fue la entrega a las asociaciones obreras, a reserva de indemnización, de todos los talleres y fábricas cerrados, lo mismo si sus respectivos patronos habían huido que si habían optado por parar el Trabajo.

Las medidas financieras de la Comuna, notables por su sagacidad y moderación, hubieron de limitarse necesariamente a lo que era compatible con la situación de una ciudad sitiada. Teniendo en cuenta el latrocinio gigantesco desencadenado sobre la ciudad de París por las grandes empresas financieras y los contratistas de obras bajo la tutela de Haussmann [El barón de Haussmann fue, durante el Segundo Imperio, prefecto del departamento del Sena, es decir, de la ciudad de París. Realizó una serie de obras para modificar el plano de París, con el fin de facilitar la lucha contra las insurrecciones de los obreros], la Comuna habría tenido títulos incomparablemente mejores para confiscar sus bienes que Luis Napoleón para confiscar los de la familia de Orleáns. Los Hohenzollern y los oligarcas ingleses, una buena parte de cuyos bienes provenían del saqueo de la Iglesia, pusieron naturalmente el grito en el cielo cuando la Comuna sacó de la secularización nada más que 8.000 francos.

Mientras el Gobierno de Versalles, apenas recobró un poco de ánimo y de fuerzas, empleaba contra la Comuna las medidas más violentas; mientras ahogaba la libre expresión del pensamiento en toda Francia, hasta el punto de prohibir las asambleas de delegados de las grandes ciudades; mientras sometía a Versalles y al resto de Francia a un espionaje que dejaba en mantillas al del Segundo Imperio; mientras quemaba, por medio de sus inquisidores-gendarmes, todos los periódicos publicados en París y violaba toda la correspondencia que procedía de la capital o iba dirigida a ella; mientras en la Asamblea Nacional, los más tímidos intentos de aventurar una palabra en favor de París eran ahogados con unos aullidos a los que no había llegado ni la *Chambre introuvable* de 1816; con la guerra salvaje de los versalleses fuera de París y sus tentativas de corrupción y conspiración dentro ¿podía la Comuna, sin traicionar ignominiosamente su causa, guardar todas las formas y las apariencias de liberalismo, como si gobernase en tiempos de serena paz? Si el Gobierno de la Comuna se hubiera parecido al de Thiers, no habría habido más base para suprimir en París los periódicos del partido del orden que para suprimir en Versalles los periódicos de la Comuna.

Era verdaderamente indignante para los «rurales», que, en el mismo momento en que ellos reconocían como único medio de salvar a Francia la vuelta al seno de la Iglesia, la incrédula Comuna descubriera los misterios del convento de monjas de Picpus y de la iglesia de Sainte-Laurentan. Y era una burla para el señor Thiers que, mientras él hacía llover grandes cruces sobre los generales bonapartistas, para premiar su maestría en el arte de perder batallas, firmar capitulaciones y liar cigarrillos en Wilhelmshohe, la Comuna destituyera y arrestara a sus generales a la menor sospecha de negligencia en el cumplimiento del deber. La expulsión de su seno y la detención por la Comuna de uno de sus miembros, que se había deslizado en ella bajo nombre supuesto y que en Lyon había sufrido un arresto de seis días por simple quiebra, ¿no era un deliberado insulto para el falsificador Julio Favre, todavía a la sazón ministro de Negocios Extranjeros de Francia, y que seguía vendiendo su país a Bismarck y dictando órdenes a aquel incomparable Gobierno de Bélgica? La verdad es que la Comuna no pretendía tener el don de la infalibilidad, que se atribuían sin excepción todos los gobiernos de viejo tipo. Publicaba sus hechos y sus dichos y daba a conocer al público todas sus imperfecciones.

En todas las revoluciones, al lado de los verdaderos revolucionarios, figuran hombres de otra naturaleza. Algunos de ellos, supervivientes de revoluciones pasadas, que conservan su devoción por ellas, sin visión del movimiento actual, pero dueños, todavía de su influencia sobre el pueblo, por su reconocida honradez y valentía, o simplemente por la fuerza de la tradición; otros, simples charlatanes

que, a fuerza de repetir año tras año las mismas declamaciones estereotipadas contra el Gobierno del día, se han agenciado de contrabando una reputación de revolucionarios de pura cepa. Después del 18 de marzo salieron también a la superficie hombres de éstos, y en algunos casos lograron desempeñar papeles preeminentes. En la medida en que su poder se lo permitía, entorpecían la verdadera acción de la clase obrera, lo mismo que otros de su especie entorpecieron el desarrollo completo de todas las revoluciones anteriores. Constituyen un mal inevitable; con el tiempo se les quita de en medio; pero a la Comuna no le fue dado disponer de tiempo.

Maravilloso en verdad fue el cambio operado por la Comuna en París. De aquel París prostituido del Segundo Imperio no quedaba ni rastro. París ya no era el lugar de cita de terratenientes ingleses, absentistas irlandeses, ex-esclavistas y rastacueros norteamericanos, ex-propietarios rusos de siervos y boyardos de Valaquia. Ya no había cadáveres en el depósito, ni asaltos nocturnos, ni apenas hurtos; por primera vez desde los días de febrero de 1848, se podía transitar seguro por las calles de París y eso que no había policía de ninguna clase. *Ya no se oye hablar* —decía un miembro de la Comuna— *de asesinatos, robos y atracos; diríase que la policía se ha llevado consigo a Versalles a todos sus amigos conservadores*. Las cocotas habían encontrado el rastro de sus protectores, fugitivos hombres de la familia, de la religión y, sobre todo, de la propiedad. En su lugar, volvían a salir a la superficie las auténticas mujeres de París, heroicas, nobles y abnegadas como las mujeres de la antigüedad. París trabajaba y pensaba, luchaba y daba su sangre; radiante en el entusiasmo de su iniciativa histórica, dedicado a forjar una sociedad nueva, casi se olvidaba de los caníbales que tenía a las puertas.

Frente a este mundo nuevo de París, se alzaba el mundo viejo de Versalles; aquella asamblea de legitimistas y orleanistas, vampiros de todos los regímenes difuntos, ávidos de nutrirse de los despojos de la nación, con su cola de republicanos antediluvianos, que sancionaban con su presencia en la Asamblea el motín de los esclavistas, confiando el mantenimiento de su república parlamentaria a la vanidad del viejo saltimbanqui que la presidía y caricaturizando la revolución de 1789 con la celebración de sus reuniones de espectros en el Jeu de Paume. Así era esta Asamblea, representación de todo lo muerto de Francia, sólo mantenida en una apariencia de vida por los sables de los generales de Luís Bonaparte. París, todo verdad, y Versalles, todo mentira, una mentira que salía de los labios de Thiers.

«Les doy a ustedes mi palabra, a la que *jamás* he faltado», dice Thiers a una comisión de alcaldes del departamento de Seine-et-Oise. A la Asamblea Nacional le dice que *es la Asamblea más libremente elegida y más liberal que en Francia ha existido*; dice a su abigarrada soldadesca, que es «la admiración del mundo y el mejor ejército que jamás ha tenido Francia»; dice a las provincias que el bombardeo de París llevado a cabo por él es un mito: *Si se han disparado algunos cañonazos, no ha sido por el ejército de Versalles, sino por algunos insurrectos empeñados en hacernos creer que luchan, cuando, en realidad, no se atreven a asomar la cara*. Poco después, dice a las provincias que «la artillería de Versalles no bombardea a París, sino que simplemente lo cañonea». Dice al arzobispo de París que las pretendidas ejecuciones y represalias atribuidas a las tropas de Versalles son puras mentiras. Dice a París que sólo ansia «liberarlo de los horribles tiranos que le oprimen» y que el París de la Comuna no es, en realidad, *más que un puñado de criminales*.

El París de Thiers no era el verdadero París de la «vil muchedumbre», sino un París fantasma, el París de los *francsfileurs*, el París masculino y femenino de los bulevares, el París rico, capitalista, el París dorado, el París ocioso, que ahora corría en tropel a Versalles, a Saint-Denis, a Rueil y a Saint-Germain, con sus lacayos, sus estafadores, su bohemia literaria y sus cocotas. El París para el que la guerra civil no era más que un agradable pasatiempo, el que veía las batallas por un anteojo de larga vista, el que contaba los estampidos de los cañonazos y juraba por su honor y el de sus prostitutas que aquella función era mucho mejor que las que representaban en Porte Saint Martin. Allí, los que

caían eran muertos de verdad, los gritos de los heridos eran de verdad también, y además, itodo era tan intensamente histórico!

Este es el París del señor Thiers, como el mundo de los emigrados de Coblenza era la Francia del señor de Calonne. ♦

(...)

MANIFIESTO DEL CONSEJO FEDERAL DE LA FEDERACIÓN REGIONAL ESPAÑOLA DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

El Consejo Federal de la Región Española a todos los trabajadores y a todos los hombres honrados del mundo

En las Cortes españolas se está formando un proceso a la Asociación Internacional, y según las declaraciones del Gobierno, hechas por boca del ministro de la Gobernación, se nos declarará fuera de la ley y, dentro del Código penal, se nos perseguirá hasta el exterminio, a fin de que esta justa y culta sociedad viva, y los privilegiados puedan gozar tranquilamente de las rapacidades llevadas a cabo con los infelices trabajadores.

Se dice que somos los enemigos de la moral, de la religión, de la propiedad, de la patria y de la familia, y en nombre de tan santas cosas, que tienen convertido el mundo en un paraíso, es necesario que nosotros dejemos de existir.

¡Ah, trabajadores!

No basta que nos exploten; que nos arrebaten el fruto de nuestro trabajo; que nos tengan sumidos en la esclavitud intelectual por la ignorancia, y en la esclavitud material por la miseria; es necesaria la calumnia, es necesario el insulto, y esto por la espalda, cuando saben que no podemos defendernos.

Nos llaman holgazanes, porque pedimos rebaja en las horas de trabajo, como aconsejan la higiene, la ciencia y la dignidad humana, ellos que no tienen ni han tenido nunca callos en las manos, que quizás no han producido una idea útil: eternos parásitos que son la causa, por su improducción y monopolio del capital, de la miseria que corroe las entrañas de la sociedad.

Dicen que somos ambiciosos, porque pedimos la justa retribución de nuestro trabajo, porque pedimos lo que es nuestro. No usarían otro lenguaje los dueños de ingenios con sus esclavos.

Dicen que somos enemigos de la moral, y sin embargo defendemos la práctica de la justicia. ¿Qué más moral queréis que la Justicia en acción?

¡Que atacamos la religión! ¡Calumnia! La Internacional no ha dicho nada sobre este punto en los Congresos universales, que es donde se formulan sus doctrinas.

¡Que somos enemigos de la propiedad! Calumnia también. Queremos, sí, que la propiedad sufra una transformación, ya que tantas ha sufrido, para que cada uno reciba el producto íntegro de su trabajo, ni más ni menos.

El que quiera comer que trabaje.

¡Que somos enemigos de la patria! Sí; queremos sustituir el mezquino sentimiento de la patria con el inmenso amor a la humanidad, las estrechas y artificiales fronteras por la gran patria del trabajo, por el mundo. No hay otro medio de evitar guerras como la de Francia y Prusia, aunque nos privemos así de héroes como Daoiz y Velarde.

¡Que somos enemigos de la familia! Volvemos a decir que se nos calumnia. La Internacional no ha dicho tampoco nada sobre esto; el querer la enseñanza integral no es querer la destrucción de la fa-

milia; el desear, como muchos internacionales desean, que la base de la familia sea el amor, no el interés, no es ir contra la familia. Apelamos de esto a todos los hombres honrados.

Se ha dicho también que han venido a España trescientos emisarios del extranjero, que se dan una vida sibarítica a costa del óbolo del pobre trabajador; y esto lo ha dicho el ministro de la Gobernación, un funcionario que debe saber que lo que dice no es cierto. Nosotros reconocemos igual derecho en los obreros de todos los países para propagar las ideas de Justicia por el mundo entero; mas como la intención de los que hacen circular tales patrañas es introducir la desconfianza y la desunión entre nosotros, lo declaramos altamente: ésta es una nueva calumnia.

Ya lo sabéis, trabajadores; los que por amor a la causa de la emancipación humana sacrificáis vuestra tranquilidad y los intereses que escapan a la explotación de vuestros señores, propagando las ideas que siente vuestro corazón y formula vuestra inteligencia, los que esto hacéis, sabed que sois agentes pagados por el extranjero, que os dais una vida regalada, aunque no tengáis sino privaciones.

Al atacar a *la Internacional* en el Congreso, no han perdonado medio, por ruin que fuera, con tal de salir airosos en su empresa y en odio a la clase trabajadora se ha faltado descaradamente a la verdad. Se han truncado los pensamientos y las doctrinas de la Asociación, diciendo lo que les convenia decir, a trueque de cometer injusticias. Cuando todo estaba convenientemente preparado el ministro de la Gobernación dijo con énfasis que traería a la barra a la asociación internacional de los trabajadores.

Pues bien, ministro de la Gobernación, nosotros acudiremos a la barra, por más que no tengáis el derecho de llevarnos a ella; nosotros acudiremos a defendernos de las calumnias que nos han dirigido, y de este modo podrán oír las paredes del Congreso palabras de verdad que jamás han escuchado.

Pero no lo haréis; porque esto no conviene a vuestros intereses de clase, que es después de todo lo que aquí se ventila. Nos condenaréis sin oírnos, y un tribunal que es juez y parte, y por lo tanto incompetente, sentenciará a la víctima sin apelación.

Pues bien; nosotros PROTESTAMOS ante todos los hombres honrados,

Del atentado que se trata de cometer con nosotros al privarnos de nuestros derechos naturales, anteriores y superiores a toda ley, y por consecuencia, ilegales;

De la provocación que se nos hace a la lucha desatentada y brutal, en vez de dejarnos hacer tranquilamente la propaganda, completar nuestra organización y llegar por los medios pacíficos, y después de un maduro estudio, a la realización de la justicia, que es lo que nos proponemos, en bien de esta misma sociedad que nos tiraniza y explota;

De las calumnias de que somos objeto por parte de los hombres mismos encargados de velar por el derecho y de sostener la verdad;

Del llamamiento que nos dirigen a una guerra de clases, puesto que como clase se nos ataca y se quiere sujetarnos eternamente al carro de la ignorancia y de la miseria;

Y finalmente, del derecho que se atribuyen unos legisladores que todo lo han negado, todo lo han puesto en tela de juicio: instituciones políticas y sociales, para impedirnos que nosotros podamos reformar, transformar o suprimir esas mismas instituciones.

Pretendéis destruir La Internacional, ¡vano empeño! Para destruir La Internacional es necesario que destruyáis la causa que le dio el ser. Mientras haya en el mundo hombres que estén sumidos en la ignorancia y la miseria, mientras existan explotados y explotadores, esclavos y señores, la pavorosa cuestión social estará siempre a la orden del día, y los privilegiados no hallarán tranquilidad ni en el silencio de las tumbas: que el ejercicio del mal atormenta casi tanto al verdugo como a la víctima.

Nosotros no cederemos, sino a la fuerza, ni un ápice de nuestro derecho.

Si nos declaráis fuera de la ley, trabajaremos a la sombra; si esto no nos conviene, prescindiremos de la organización que tenemos hoy, formaremos un partido obrero colectivista e iremos a la Revolución social inmediatamente.

En tanto repetiremos lo que hemos dicho en otra ocasión:

Si la Internacional viene a realizar la justicia y la ley se opone, la Internacional está por encima de la ley. Los trabajadores tienen el derecho innegable, indiscutible, de llevar a cabo su organización y realizar la aspiración que se proponen. Esto lo conseguirán con la ley o a pesar de ella.

Madrid 17 de octubre de 1871.

El Consejo Federal de la Región Española.

El tesorero, Ángel Mora (carpintero).

El contador, Valentín Saenz (dependiente de comercio).

El secretario económico, Inocente Calleja (platero).

El secretario corresponsal de la comarca del Norte, Pablo Iglesias (tipógrafo).

El secretario corresponsal de la comarca del Sur, José Mesa (tipógrafo).

El secretario corresponsal de la comarca del Este, Anselmo Lorenzo (tipógrafo).

El secretario corresponsal de la comarca del Oeste, Hipólito Pauly (tipógrafo).

El secretario corresponsal de la comarca del Centro, Víctor Pagés (zapatero).

El secretario general, Francisco Mora (zapatero).

La Solidaridad, Madrid, 17 de octubre de 1871.

